



**Thoreau en perspectiva: amar en la simplicidad lo complejo de existir**

Sneyder Esteban Mahecha Nieto

Trabajo de grado para optar al título de Filósofo

Asesor

Andrés Esteban Acosta Zapata

Universidad de Antioquia

Instituto de Filosofía

Medellín, Antioquia, Colombia

2024

<b>Cita</b>	(Mahecha Nieto, 2024)
<b>Referencia</b>	Mahecha Nieto, S. E (2024). <i>Filosofía vivencial: amar en la simplicidad lo complejo de existir</i> [Trabajo de grado profesional].
<b>Estilo APA 7 (2020)</b>	Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



Seleccione posgrado UdeA (A-Z), Cohorte Seleccione cohorte posgrado.

Grupo de Investigación Seleccione grupo de investigación UdeA (A-Z).

Seleccione centro de investigación UdeA (A-Z).



Seleccione biblioteca, CRAI o centro de documentación UdeA (A-Z)

**Repositorio Institucional:** <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - [www.udea.edu.co](http://www.udea.edu.co)

**Rector:** John Jairo Arboleda Céspedes.

**Decano/Director:** Diana Melisa Paredes Oviedo.

**Jefe departamento:** Claudia Patricia Fonnegra Osorio.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

## **Dedicatoria**

La concepción y ejecución de esta monografía ha tenido lugar gracias a la fortaleza y templanza de mi madre, quien ha sido un faro guía ante las dificultades que nos asedian. Le dedico a ella la culminación de mi estudio de pregrado, destacando que es la máxima motivación por llevar una vida filosófica, pues de otra forma no sería digno de su amor.

## Tabla de contenido

Introducción.....	5
Apuntes para un entendimiento del pensamiento de H. D. Thoreau.....	11
Capítulo 1 La negación de lo universal.....	17
Capítulo 2 Rasgos salvajes: Simplicidad.....	28
Capítulo 3 Rasgos salvajes: Caminar y Naturaleza.....	39
Capítulo 4 Rasgos salvajes: Desobediencia.....	47
Conclusiones.....	56
Referencias .....	59

## Introducción

La filosofía trascendentalista floreció en el siglo XIX como una corriente del pensamiento que destaca la espiritualidad, la naturaleza y la individualidad, como principios orientativos para habitar la vida reflexivamente. La necesidad de reflexión es un pilar fundamental en los postulados éticos/políticos que plantean sus respectivos representantes, entre los cuales destacan Ralph Waldo Emerson (1803-1882), Henry David Thoreau (1817-1862), George Ripley (1802-1880), Jones Very (1813-1880), Elizabeth Peabody (1804-1894), Bronson Alcott (1799-1888), Theodor Parker (1810-1860) y Margaret Fuller (1810-1850).

El trascendentalismo aboga por un movimiento reformista que procura sentar las bases de un monismo espiritual con aplicabilidad ética, esto es, entendiendo la naturaleza, la inmanencia y la humanidad como una representación divina. En este sentido, el alma de cada individuo es un reflejo de lo existente en la naturaleza y buscar la verdad, es un imperativo puesto en práctica en la cotidianidad mediante la contemplación, la introspección y el cultivo de la intuición.

Esta practicidad adopta la vestidura del cuerpo y no lo entiende como un simple recurso para la adecuación del alma al medio, sino como un carácter creador desde el cual se puede experimentar lo sagrado e intervenir la presencia divina. La filosofía trascendentalista se muestra comprometida con el conocimiento intuitivo y la inmanencia divina, rechazando la institucionalización de las creencias a través de la conexión directa con el entorno y la ilustración de la experiencia.

La presente monografía tiene como objetivo la investigación del modelo trascendentalista planteado por Henry David Thoreau (1817-1862) para convidar una ética basada en principios. Tal propósito toma como horizonte las discusiones filosóficas que hoy tienen lugar en relación al capitalismo, el consumo y la alienación laboral, situaciones que enajenan al hombre de su experiencia espiritual junto a las expresiones morales que de allí se desprenden.

Para su desarrollo se ha propuesto una hipótesis general: la ética thoreuriana puede aportar elementos sustantivos al tratamiento de problemas actuales y ofrece una vía práctica

mediante la cual el hombre gestiona su tiempo, disposición y recursos en consonancia a una filosofía vivencial. Con base a dicha hipótesis, esta investigación se ha dividido en cuatro momentos seculares. En primer lugar, se ofrece un panorama general de las dificultades que asedian a la cultura actual y cuyo germen primario son los ideales del capitalismo moderno. Se abordarán algunas reflexiones puntuales propuestas por Karl Marx (1818-1883) en *El Capital*, donde desarrolla la fetichización de la mercancía, su carácter alienador y las consecuencias derivadas del uso de la fuerza y la reificación. Además, se enunciará cómo los ideales del capitalismo se basan en una idea mística como propiedad del objeto, misma que estima la cosa en su calidad de lujo y presunción, y qué opinión le merece sobre esta dificultad a Henry David Thoreau. En segundo lugar, se introduce la obra de Henry David Thoreau con su respectivo ejemplo vivencial para abordar las mencionadas dificultades, destacando sus rasgos salvajes: la simplicidad, el caminar, la vinculación con la naturaleza y la desobediencia. En este capítulo se estudiará enfáticamente la noción de simplicidad que adopta el autor como modelo disruptivo y emancipador ante la obsesión moderna por el materialismo. Para su abordaje nos serviremos de las cavilaciones propuestas en *Walden*, donde la imagen india de la costumbre se define por la armonía directa con el cuerpo y la naturaleza, propósito que disiente de la posesión y la dependencia, para reivindicar la austeridad y la movilidad. Así mismo, se articulará un diálogo entre la filosofía thoreuriana y la cartesiana con el objeto de sustentar cómo y por qué el ordenamiento social basado en el consumo y la reputación, son incapaces de convidar un estilo de vida moral. Para ello, se evocará la idea de educar las pasiones para vivir auténtica y reflexivamente, además de promover la introspección en vez de la alienación social.

En tercer lugar, se brindará una caracterización del caminar como elemento de una ética vivencial, es decir, como práctica contestataria y pacifista a los regímenes de la industria. Para su desarrollo nos serviremos de las meditaciones propuestas por John Burroughs (1837-1921) y David Le Breton (1953-actual), acentuando respecto al primero la noción de espacio espiritual y el carácter observacional propuesto por el segundo. También se matizará la perspectiva científica de Henry David Thoreau y se explicará cómo sirve de sustento al modelo ético que se ha procurado desarrollar. En adición, se mostrará cómo la naturaleza entendida como entorno dinámico y esencial para la obtención de conocimiento,

habilita el caminar y la vida en los bosques a un compromiso reflexivo y de constante reinención

En cuarto lugar, se acentuará el oficio de la filosofía y su respectiva responsabilidad sobre el abordaje de temas cotidianos. Con tal motivación, se estudiará la obra de Michel Onfray (1959-actual) y la opinión que le merece la figura thoreuriana en la historia de la filosofía. De este modo, la clave humanista y moral con que se han leído estas obras da cuenta de una noción crítica cuya dimensión política se enuncia mediante el ejemplo, misma que se haya articulada en los rasgos salvajes que se han estudiado. Es así como la desobediencia se muestra protagonista de este capítulo: un acto de resistencia ética frente a las ordenes de una autoridad opresiva.

La decisión de destacar a Henry David Thoreau como autor principal surge de su enfoque ejemplar y dedicado al estudio minucioso de aspectos cotidianos que, a pesar del paso del tiempo, mantienen su relevancia y sustancialidad. Su filosofía abarca una amplia variedad de estilos literarios, desde la prosa reflexiva hasta la poesía, pasando por el ensayo y el diario, lo que permite una exploración profunda y multifacética del panorama humano en su adecuación social. Esta diversidad estilística no solo enriquece su obra, sino que también facilita el tratamiento detallado y matizado de los problemas que procura abarcar, ofreciendo una visión naturalista del hacer filosofía que resulta tan cercana como propia.

El modelo filosófico que caracteriza la vida de Henry David Thoreau se alimenta del oficio del escritor y el pensador, pero lo matiza en su objetivo por buscar la verdad y por hacerse digno de ella en su cotidianidad. Su compromiso con la coherencia es uno de los aspectos más importantes de su figura pública y demuestra que la lucha por llevar una vida auténtica y contestataria es posible siempre y cuando se busque la afinidad moral en el quehacer habitual.

La congruencia entre el pensamiento y la acción define la responsabilidad de la filosofía en términos vitalistas, retornando a una definición práctica que privilegie el bienestar por encima de la ostentación académica. Esta definición permite establecer un diálogo constante con los hábitos erigidos por el individuo, cuestionando cuál es el motivo de su ejercicio y si acaso el prescindir de ellos no le garantizará un bien mayor.

Los rasgos salvajes que se han trabajado en esta monografía apuntan a residir en la existencia bajo una vida simple, en términos materiales y humanos, con la intención de adecuar el tiempo y los recursos existenciales a lo puramente esencial. Lo vital versará entonces, en acaecer una voluntad fuerte capaz de cultivarse para hacerse merecedor de lo auténtico, principio que será acogido en la práctica de la austeridad, la contemplación, el caminar y la desobediencia.

Estos son algunos motivos de por qué Henry David Thoreau ha cautivado nuestra atención y se ha convertido en tema central de esta monografía. Es la responsabilidad que versa sobre el *ethos* el tratamiento que se le da a la filosofía y más importante aún, cómo se practica.

En esta línea, la perspectiva histórico-práctica que se haya presente en la obra thoreuriana es tan rica en contenido que se ha procurado un diálogo, especialmente con Karl Marx (1818-1883), Ralph Waldo Emerson (1803-1882), Michel de Montaigne (1533-1592), John Burroughs (1837-1921), David Le Breton (1953-actual), René Descartes (1596-1650), George Orwell (1903-1950) y Michel Onfray (1959-actual). El establecimiento de un diálogo con estos autores permite enriquecer y profundizar el análisis de la filosofía vivencial al integrar diversas perspectivas y conocimientos. Con este propósito, expondremos brevemente cuál ha sido el enfoque colaborativo con que hemos estudiado a cada autor, destacando sus puntos de convergencia para promover una comprensión más completa de esta monografía.

Karl Marx fue un filósofo, sociólogo, economista y periodista alemán cuya obra magna es *El Capital*, lugar en el que analiza críticamente al capitalismo. Sus teorías sobre la lucha de clases, la alienación y el materialismo histórico han influido profundamente en múltiples campos, y nos hemos servido de dichas reflexiones para explicar cómo la fabricación de la mercancía y su posesión desmedida desconectan al hombre de su propia espiritualidad, amputando de paso su consciencia moral.

Ralph Waldo Emerson fue un filósofo, ensayista y poeta estadounidense reconocido como uno de los líderes del movimiento trascendentalista del siglo XIX. En 1836, publicó su ensayo *Naturaleza*, que estableció las bases del trascendentalismo y sus valores. Emerson

promovió la autoconfianza, la independencia intelectual, la importancia de la intuición y la espiritualidad personal, principios que compartiría Thoreau, pero que matizaría con fines prácticos. Su influencia ha tenido lugar en esta monografía en múltiples ocasiones, por ejemplo, se ha tomado su noción de política y se ha desarrollado con la *confianza en uno mismo*, además de postular la esencia de una acción auténtica y de cómo esta puede irrumpir el progreso netamente material del sistema industrial.

Michel de Montaigne fue un filósofo, escritor y humanista francés conocido por popularizar el género del ensayo como forma literaria. Hemos tomado las cavilaciones que plasma en el ensayo *De la soledad* con el objeto de ofrecer una perspectiva más elaborada sobre el solitario y su afecto. También se ha profundizado en las nociones de vicio y virtud para entender qué es propiamente deseable y cómo una vida solitaria se corresponde con las demandas de una existencia vitalista en términos thoreurianos.

John Burroughs fue un naturalista, ensayista y escritor estadounidense conocido por su profunda conexión y comprensión de la naturaleza. Dicha pasión lo llevó a frecuentar la naturaleza y a encontrar en los bosques en sentido vitalista del que dará cuenta en sus obras. Sus pensamientos acerca del ritmo, el caminar y la necesidad de un espacio espiritual nutrido por la observación y la actividad de la consciencia, han permitido conciliar un diálogo con Thoreau sobre estos temas, además de ofrecer un enfoque naturalista de la experiencia divina.

David Le Breton es un sociólogo y antropólogo francés conocido por sus estudios sobre el cuerpo humano y las experiencias sensoriales. Entre sus obras más influyentes se encuentran *Antropología del dolor* y *Elogio del caminar*, siendo esta última la obra que hemos abordado con la determinación de definir el caminar como una práctica cotidiana que permite moldear la identidad del individuo y su percepción del mundo. Esta consideración es coherente con el vitalismo filosófico que se ha atendido, lo que ha supuesto una comunicación cercana con los valores de responsabilidad y libertad defendidos por el trascendentalismo thoreuriano.

René Descartes fue un filósofo, matemático y científico francés considerado uno de los precursores de la filosofía moderna. Su declaración *Cogito, ergo sum* ha influenciado esta monografía en lo respectivo al cultivo de la razón y la educación de las pasiones. Para ello,

hemos expuesto cómo el dualismo guarda una intrínseca relación, cómo la duda ejercida en la emoción permite regularla, modificarla o negarla y cuál es su importancia para llevar una vida virtuosa. Estas sentencias han alimentado la idea de una austeridad basada en principios y el privilegio de los contenidos espirituales en detrimento del materialismo, consideraciones compartidas por Thoreau con sus respectivos matices.

George Orwell fue un escritor y periodista británico conocido por su aguda crítica social y sus obras de ficción distópica. A su respecto, hemos usado la figura de Boxer, personaje de *La rebelión en la granja*, para ofrecer un símil con el hombre moderno. Esta imagen guarda una fuerte correspondencia con las elucubraciones que expone Thoreau sobre sus conciudadanos y forma de vivir, relación que será abordada brevemente con la intención de convidar un ejemplo cercano.

Michel Onfray es un filósofo, escritor y polemista francés, conocido por su enfoque hedonista y su crítica a las instituciones tradicionales, especialmente la religión y el Estado. Su perspectiva sobre la desobediencia y el oficio de la filosofía, según su propia historia, ha permitido establecer un diálogo con Thoreau en lo relativo a la responsabilidad intelectual del filósofo y de su enunciación en el espacio público. Además de hacer una suerte de tributo a los logros y coherencia vivencial de Thoreau, Michel Onfray se muestra comprometido con entender la filosofía desde su carácter práctico, lo que, ciertamente, lo hace un pensador afín con nuestros designios.

## **Apuntes para un entendimiento del pensamiento de H. D. Thoreau**

Respecto a Henry David Thoreau son necesarios algunos apuntes generales para dimensionar su obra y semblante. Nació el 12 de julio de 1817 en Concord, Massachusetts. Su temprana curiosidad le hizo acreedor de múltiples accidentes, entre ellos, la amputación parcial del dedo pulgar al manejar un hacha. En 1828, Henry en compañía de su hermano John se matriculan en la Academia de Concord, lugar en donde estudiaría latín, griego, francés, geografía, historia y ciencias.

Dado que la familia Thoreau no contaba con los recursos suficientes para suministrarle educación superior a sus tres hijos, se escogió a Henry como el más apto, entonces iniciaría sus estudios en Harvard en 1833. Allí ampliaría sus conocimientos en múltiples idiomas como italiano, francés, alemán y español, además de recibir clases de mineralogía, anatomía, historia natural, filosofía y matemáticas. Un compañero suyo le recordaría como “frío y poco impresionable”. Pasaba buena parte de su tiempo en soledad, leyendo y paseando.

En 1837 culminó sus estudios con una licenciatura en artes y ese mismo año prestaría un ejemplar de *Nature* (Naturaleza, 1836) cuyo autor era Emerson, siendo la lectura de esta obra un hito en su formación. Impartió la enseñanza en la Escuela Central, pero desertó tras estar condicionado a azotar seis alumnos contra su voluntad, por orden de su superior. Hizo parte del grupo informal de trascendentalistas cuyas reuniones tenían lugar en el estudio de Emerson. Empezó a escribir su diario, mismo que llegaría a tener casi dos millones de palabras. En este año cambió el orden de sus nombres: de David Henry a Henry David.

En 1839 su hermano John se unió a la Academia, en donde Henry impartía clases de lenguas clásicas y modernas, además de ciencias. Si bien nunca se azotó a los estudiantes, estos afirmarían que Henry era “rígido”, mientras definían a su hermano como “más humano”. El programa de estudio valoraba la aplicabilidad de la razón sobre la memoria y las excursiones frente a los talleres.

En 1840, Emerson contribuyó a la fundación de la revista *The Dial* (la esfera), que sirvió como una plataforma para la exploración y promoción de las ideas trascendentalistas. Esta revista fue editada por algunas de las figuras prominentes del movimiento

trascendentalista que fueron señaladas en el primer párrafo de esta introducción. La revista tuvo dieciséis números y Thoreau publicó tanto poemas y traducciones como fragmentos de sus ensayos, incluyendo *Walden*. En este año, se matriculó a la academia Louisa May Alcott, quien admiraría de por vida a Thoreau.

En 1841 empezó a tomar en préstamo volúmenes de clásicos griegos y poesía inglesa de la biblioteca de Emerson, en paralelo, comenzó a leer literatura oriental. Con el objeto de buscar medios para subsistir, pensó en comprar una granja y en irse a vivir a la laguna de los Flint, pero estos le negaron construir una cabaña.

En 1842 su hermano John muere al contraer tétanos y muere en los brazos de Henry. Barzillai Frost, ministro de la Primera Iglesia Parroquial, pronunció un elogio fúnebre que pudo ser dirigido a Henry veinte años después en su funeral: “Por muy inciertas que fueran sus teorías sobre la religión, sus principios y sentimientos religiosos fueron siempre inamovibles. El sentimiento religioso había despertado y lo manifestaba en sus gustos, sentimientos y conversación” (Thoreau, 2018, p. 14).

En 1845 comenzó a construir una cabaña en la parcela de Emerson cerca a la laguna Walden, sitio al que se mudaría el 4 de julio. Allí trabajó en un manuscrito sobre el viaje por los ríos de Concord y Merrimack con su hermano John y en una conferencia que pronunció al año siguiente. Durante los veintiséis meses que residió en Walden se mantuvo en contacto con sus amigos y familiares.

En 1846, mientras aun estaba en Walden, empezaría a escribir *Walden*. En julio fue arrestado por no pagar impuestos durante varios años, sentenciando que era la protesta ante un Estado que procuraba perpetuar la esclavitud. El impuesto fue pagado al día siguiente y fue excarcelado contra su voluntad.

En 1847 dejó atrás su vida en Walden y al año siguiente ofreció una conferencia en la que exploraba la relación entre el individuo y el Estado. Esta disertación fue publicada posteriormente bajo el título *Resistance to Civil Government* (Resistencia al gobierno civil) y más tarde se reeditó con el título más conocido de *Civil Disobedience* (Desobediencia civil). En 1848 comenzó una correspondencia epistolar con Harrison Blake, quien era maestro de escuela.

En 1849 se dio a conocer el libro *A Week*, financiado por Thoreau, el cual recibió opiniones diversas por parte de la crítica y tuvo una baja acogida en cuanto a ventas. Transcurridos cuatro años, Thoreau almacenó la mayor parte de los ejemplares no vendidos de esta edición en el ático de su casa familiar.

En 1854 fue publicado *Walden* en una edición de dos mil ejemplares que puso fin a siete años de trabajo y a siete amplias revisiones del texto. Las reseñas fueron dispares y en el mismo año llevó a cabo varias conferencias entre las cuales incluyó *Getting a Living* (Ganarse la vida), publicada de forma póstuma como *Life Without Principle* (Vida sin principios).

En 1861, con el propósito de recuperarse de un resfriado que degeneró en bronquitis, viajó a Minnesota con su amigo Horace Mann. Recogieron especímenes botánicos y visitaron a los indios sioux, con los que simpatizó. Regresó a Concord en julio. En 1862, confinado en su casa, continuaba recibiendo visitas y cuando trataron de confortar su alma, replicó que una tormenta de nieve significaba más para él que Cristo.

Tras brindar un contexto general de la obra y vida de Thoreau, el autor sobre el que versarán nuestros estudios, compartiré breves comentarios sobre algunos de los textos que se han leído a lo largo de este proceso.

La inclusión de *Walden* en esta monografía se justifica no solo por la relevancia histórica y literaria de la obra, sino también por la profundidad de sus reflexiones sobre la simplicidad, el caminar y la conexión con la naturaleza, temas que resuenan profundamente con los objetivos de nuestro estudio. Thoreau, a través de su experiencia en Walden Pond, ofrece una crítica incisiva de la sociedad moderna y hace un llamado a redescubrir los aspectos esenciales de la vida, mismos que se articulan en una existencia moral guiada por principios.

La simplicidad, como eje central del segundo capítulo de esta monografía, cobra sentido gracias a las reflexiones que residen en *Walden*, espacio del que se sirve Thoreau para argumentar que una vida sencilla es contestataria ante los llamados de una sociedad que privilegia principios poco nobles y que es mediante su práctica que el carácter de lo urgente se renueva y matiza.

El caminar, otro tema central en este trabajo, se presenta no solo como una actividad física, sino como una metáfora del viaje interior y del descubrimiento personal. Para Thoreau, caminar es un medio para reconectar con uno mismo, es decir, guarda una cercana relación con la introspección y con el entorno natural, dado que es la naturaleza el espacio por excelencia en el que la libertad renuncia a las ataduras de la civilización.

La conexión con la naturaleza es quizá el tema más presente en *Walden*. Aquí, Thoreau muestra que la naturaleza no es simplemente un recurso dispuesto a la explotación, sino un maestro y un refugio. La observación cuidadosa y el respeto profundo por los ciclos naturales proporcionan una sensación de pertenencia y tranquilidad (sentimientos que tienen lugar gracias a la concepción de divinidad que acompaña a la naturaleza) y que, además, se describe como una responsabilidad frente a su cuidado. En un tiempo en el que la crisis ambiental, el cambio climático y la constante contaminación, adquieren el carácter de problema social, las palabras de Thoreau ganan relevancia, no solo por el cuidado de los medios ambientales (que para este punto debería ser evidente), sino también porque las creencias que fundamentan estas problemáticas se pueden intervenir al adoptar una vida simple que privilegie otros elementos en contraposición al puro materialismo. En esta monografía, exploramos cómo la práctica del caminar, de una vida austera, la conexión con la naturaleza y la desobediencia como actitud ética, son insumos poderosos para una culturización moral, ofreciendo un contrapunto necesario a nuestra vida digital y sedentaria.

En esta línea, *Cartas a un buscador de sí mismo* ofrece una visión íntima del pensamiento filosófico y de su ejercicio cotidiano, además de privilegiar un tono claro que da cuenta de su personalidad y entendimiento del hacer filosofía. A través de la correspondencia que mantiene con Harrison Blake, se enuncian reflexiones entorno a la introspección, el trabajo, la posesión, las relaciones, el caminar, etc. Estos temas son tratados como asuntos primarios de la vida individual y su intervención en la esfera pública. De este modo, se complementan las cavilaciones que hemos desarrollado a partir de *Walden* y se afianzan los propósitos de acaecer una vida filosófica.

Es quizá en *El Diario*, publicado en dos tomos, en donde el compromiso por la escritura y su articulación en la naturaleza, aboga con mayor rigor por una perspectiva crítica del hacer sociedad, al menos de la forma poco reflexiva con que se ha pensado. En estos

textos aparecen sentencias sobre las expectativas sociales y la independencia del pensamiento alimentado por la naturaleza y la soledad. El acuerdo de vivir conforme a los propios valores y convicciones, es un interés que prima y caracteriza la obra de Thoreau, propósito que se manifiesta matizadamente en sus diarios.

Respecto a *Sobre la desobediencia civil*, su exploración ha sido fundamental para comprender la relevancia y el impacto del pensamiento de Thoreau en el ámbito de la filosofía política y moral. Este ensayo no solo refleja la profunda noción ética con que Thoreau habitó su vida en el ámbito civil, sino también su consolidación como pensador secular en el abordaje de la desobediencia pacífica y su influencia en numerosos movimientos y figuras históricas. Así mismo, la resistencia no violenta adjudica al sujeto su responsabilidad individual frente la injusticia, lo que promueve una insistente promulgación del pensamiento propio y de la crítica si el Estado se hace merecedor de esta.

Uno de los puntos más destacables de *Sobre la desobediencia civil* es su defensa del deber moral de desobedecer leyes injustas. Thoreau argumenta que cuando las leyes de un gobierno son inmorales, los ciudadanos no solo tienen el derecho, sino también la obligación de resistir activamente a través de la no cooperación y la desobediencia. Este principio ha prevalecido a lo largo del tiempo y se ha enunciado en diversas épocas mediante discusiones activistas que desafían la autoridad estatal cuando esta actúa en contra de los derechos fundamentales.

Este ensayo ha resultado igualmente oportuno para estudiar la soberanía del individuo y la consistencia de actuar con base a la propia consciencia moral. En el apartado introductorio al igual que en las primeras páginas, se hace manifiesta la idea de que la justicia no es una consecuencia necesaria del mantenimiento de la ley y su aceptación cultural. Esta disonancia, que en apariencia se muestra resuelta, es la que faculta al individuo para que se responsabilice de sí mismo y de sus principios éticos.

De este punto se deriva la crítica a la complicidad pasiva de los ciudadanos en la perpetuación de la injusticia. Thoreau cuestiona el comportamiento de aquellos que se benefician de un sistema corrupto o que permanecen inactivos ante la opresión, sea por conformismo o miedo. Esta perspectiva fomenta una actitud comprometida con la justicia

social y la equidad, además de destacar la dignidad de la desobediencia pese al rechazo social que de esta se deriva. Así pues, el ejemplo personal de Thoreau añade una dimensión vivencial a su entramado teórico, demostrando que la desobediencia civil es no solo una teoría abstracta, sino una práctica viable que se enuncia útil y consecuente con las dificultades del entorno.

Finalmente, textos como *Caminar*, *Colores de Otoño*, *Una vida sin principios* y *Todo lo bueno es libre y salvaje*, han sido complementos indispensables para abordar el pensamiento de Thoreau y la visión integral sobre las ideas de justicia, moral, soledad, naturaleza, relaciones y demás asuntos que han atraído nuestra atención.

## 1. La negación de lo universal

La universalización de los significantes modernos ha privado de subjetividad, en términos de desarrollo e intimidad, el carácter de lo humano; pues el éxito acusa como necesarias las demandas del capital y encuentra en ellas la legislación de una divinidad que promete la realización mediada por la posesión y la reputación, reduciendo la humanidad a un vitral poco ético que se concibe únicamente como agente del ideal.

En este contexto, el objetivo de este capítulo es explorar en las reflexiones de Thoreau un método vivencial que cuestione la concepción idealista del *sujet* y los efectos de esta búsqueda ante la consolidación de una vida auténtica, culturizada y contemplativa. En particular, Thoreau critica dos universales: el trabajo como desrealización del propio valor y la desmesura de la posesión.

En la obra *Walden*, publicada en 1854, Thoreau hace explícita la distancia que puede pronunciarse entre la libertad y la necesidad. En la modernidad, aspirar a la riqueza para evitar en ella la precariedad de una vida indeseable ha figurado una constante. El espíritu de la sociedad ha seguido las directrices de la religión, el arte y la educación, haciendo de la vida un destino ilimitado que observa la lejanía para no aceptar lo arrebatado por las conjeturadas mejoras de una sociedad civilizada y cristianizada, donde ha primado la facilidad por encima de la independencia (Emerson, 1999).

En consecuencia, la dignidad pública de la que gozan los objetos tiende a resignificarlos no como participantes del ideal, sino como necesidades vitales que se confunden con el ser de quien los posee. Este esencialismo adquiere una vestidura de falsa moral cuando producen confort y estatus al igual que la realización en los términos de una supuesta felicidad, lo que introduce la pregunta sobre la calidad de un estilo de vida que no se reconozca articulado en las exigencias de la reflexión.

Esta resignificación implica también concebir el trabajo como un mero formalismo para la adquisición de productos y servicios, limitando su relacionamiento con lo humano al sistema de producción cuyo fin es fabricar mercancía y comercializarla. De este punto se deriva una alienación contundente que acompaña al individuo más allá del sistema de producción, es decir, aun cuando no se encuentre en el espacio laboral es posible que conserve los automatismos de su oficio y que continúe privándose de la reflexión y la contemplación,

pues estas cualidades, en el mejor de los casos, se muestran como hobbies y no como necesidades. Al respecto, dice Marx:

La sociedad capitalista ya no ‘sabe perfectamente’, como el salvaje, cuál es la posición que ocupa dentro de la producción, pues se lo oculta el fetichismo inherente a ella, que envuelve las relaciones sociales entre los hombres bajo el ropaje de relaciones entre productos (1946, p. 514).

La atribución de un valor intrínseco y casi mágico a los bienes del consumo, oculta las relaciones laborales y sociales que están detrás de su producción. Marx argumenta que la mercancía parece tener un valor propio con independencia de las personas que destinaron su tiempo y recursos para producirla y distribuirla, entonces este valor se percibe como una propiedad natural del objeto, cuando en realidad es una síntesis de condiciones socio-culturales que fueron dispuestas de tal forma que pudiera llevarse a cabo como propósito.

En el sistema capitalista los productos de la mano de obra se transforman en mercancías que se intercambian en el mercado y dado que los consumidores perciben el producto, pero no las condiciones formales que se encuentran ocultas, el trabajo sufre de una despersonalización que enmascara las relaciones de explotación y dominación. Por ende, las mercancías en su multiplicidad son comercializadas como equivalentes, pero en su intercambio se oculta la realidad alienada y automatizada del proletario promedio.

La fetichización de la mercancía ilustra de buena forma cómo un producto, en apariencia material e inanimado, puede representar el ideal de una sociedad cuyos principios se definen en pos del sistema industrial y de sus respectivos juicios. Es sustantivo señalar que Marx adapta la idea de “fetichismo” de la antropología, contexto en el que se refiere a la atribución de un poder sobrenatural a objetos sin vida, y que es la naturalización de la mercancía la que permite interrogar cuál es el destino de la moda, la posesión y el lujo en el capitalismo.

Por otra parte, si la deshumanización del trabajo se perpetúa cuando la conexión entre el proletario y el producto se rompe, puesto que los trabajadores se vuelven invisibles para los consumidores, entonces el valor de cambio de una mercancía reside en el objeto como propiedad intrínseca y la reificación se consolida como una realidad social que trasciende la automatización de la mano de obra.

La reificación contribuye a la alienación en la medida en que los trabajadores se sienten separados de los productos de su trabajo, además de que es la instrumentalización del valor de la fuerza y su constante repetición, lo que da sustento a los medios de la industria y su frecuente expansión. Así mismo, el proletario sufre de una desvinculación con los procesos de la producción, con sus compañeros y con su propia humanidad, haciendo que la distancia de las relaciones sociales se interprete mediante el velo del materialismo. Esta forma de interpretar los vínculos sociales se corresponde con la definición de procesos que expone Marx:

El valor del capital en forma de dinero sólo puede desempeñar las funciones propias del dinero; exclusivamente éstas. Lo que convierte a estas funciones del dinero en funciones de capital es el papel concreto que desempeñen en el proceso del capital y también, por tanto, la concatenación de la fase en que aparecen con las demás fases de su ciclo (1946, p. 30).

Un ejemplo que puede ser de ayuda para ilustrar este punto es el relativo al comercio de artilugios tecnológicos, en este caso, un teléfono inteligente. Este objeto es percibido como valioso en sí mismo, sin embargo, su valor se deriva del trabajo de mineros, ingenieros, ensambladores, distribuidores y vendedores. Así pues, la fetichización oculta estas relaciones y condiciones laborales, incluyendo posibles explotaciones y malas condiciones de trabajo, además de eternizar su propio sistema en tanto el pago del salario se simboliza como una renta de la cual el proletario se paga su sustento y alimenta su fuerza de trabajo, cualidad que para la venta del objeto ya es un elemento del capital.

Esta es la concatenación de las múltiples fases en que el dinero pasa de ser un bien con un alto valor de cambio a un valor propiamente del capital, pues en caso de no ser invertido y por tanto, modificado por la fuerza laboral, continuará siendo un recurso atesorado. De estos procesos se deriva la renta, la plusvalía, el valor de uso y otros asuntos que no atraen nuestra atención, al menos de momento.

Al promover indirectamente la esclavitud laboral, el trabajo se convierte en la vía para obtener bienes y reputación, transformando en necesidad todo lo relacionado con la apariencia. Thoreau destaca cómo el trabajo excesivo aliena al individuo de su propia espiritualidad, llevándolo a automatizar su existencia y privándolo de la reflexión y la contemplación.

A consecuencia de esto, los ropajes dejan de serlo para convertirse en una parte íntegra del *ser*, en una imagen auténtica. El hogar, más que un hospedaje, se presenta como un recinto para los lujos y la presunción. Y el trabajo deja de ser un estilo de vida noble para ser una obligación que media entre la libertad del deseo y la satisfacción de la necesidad.

Thoreau observa que la virilidad se asocia erróneamente con la dedicación al trabajo, lo que lleva a una falta de conexión con aspectos más profundos de la vida. La reflexión es vista como ocio y la contemplación entendida como pereza, mientras que el trabajo excesivo es admirado, aunque conduzca a la alienación y la pérdida del juicio. En adición, la "tranquila desesperación" del hombre resignado refleja su espejismo de libertad dentro de la jerarquía social, pero experimenta insatisfacción en los límites impuestos por su actividad laboral. La aprobación externa y el goce de la mirada del otro busca ser alcanzada mediante la acumulación de riquezas y bienes materiales, es decir, a partir de los universales.

Una consecuencia de adherirse a este modo de vivir es que "¿cómo podría recordar su ignorancia -según requiere su crecimiento- quien ha de usar tanto su conocimiento?" (Thoreau, 2018, p. 64). La ignorancia en tanto efecto de la irreflexión, coloca en la superficie la dificultad de comprender críticamente determinados temas, y si la falta de saber es la ausencia de cuestionamiento, entonces el pensamiento profundo permanece ajeno al que no puede reconocerse como inculto.

La falta de tiempo para el análisis y la discusión, impide el desarrollo de una comprensión más profunda de la realidad, así como la oportunidad de cuestionar y reevaluar acciones y creencias. Esta ausencia de reflexión perpetúa la idealización de la mercancía y su fetichización, lo que refuerza la cosificación de la vida y subordina los valores humanos al pragmatismo económico.

En este sentido, la visión objetivada del *sujet* supone universalizar al individuo para crear un consumidor genérico que esté dispuesto a adquirir productos y servicios con la promesa de que así alcanzará su realización. Sin embargo, entender el consumo como medio para acceder al placer, formaliza una alienación de primer grado que desconecta al sujeto de su propia identidad y le hace cómplice de los impactos negativos que tiene el sobreconsumo en el medio ambiente y la desigualdad social que supone reconocerse en la acumulación de riqueza.

El trabajador se desvaloriza mediante la producción y al contenido humano de la sociedad general, dado que, a mayor volumen y potencia, mayor valor se les remite a las cosas, asumiendo como partes de una totalidad los medios para el procesamiento de la mercancía (Marx, 2013). Entonces, ¿pueden los objetos proporcionar una satisfacción duradera y es viable construir un estilo de vida basado en esta premisa? Al respecto es importante recordar una de las frases más célebres de Thoreau: “A los hombres les hace falta, no algo *con lo que hacer*, sino algo que *hacer*, o mejor, algo que *ser*” (2018, p. 79). Vivir auténticamente implica crear unos medios propios desde los cuales cada uno se haga virtuoso y crítico, pues si el sentido común encuentra en el comercio y en el ritmo acelerado de la industrialización, las herramientas para un qué hacer legislado por la autonomía, resulta menester interrogar cómo inciden estos bienes en el ser que los posee y utiliza.

Thoreau (2018) expone cómo el costo de una cosa es la cantidad de vida que se sacrifica para adquirirla, brindando una nueva perspectiva de economía en la cual lo verdaderamente problemático no es carecer de objetos, sino empeñar la energía vital para conseguirlos. Es difícil pensar en la situación del trabajador, si este se hace esclavo de su deseo y fragiliza su espíritu en su intención por consumir, porque el valor de una casa o de un vehículo, representa la pérdida de una oportunidad existencial en la que pudo hacerse a sí mismo objeto de su trabajo.

Es menester recordar que los saberes ofrecidos por la cultura, en cada una de sus épocas, tienen una memoria y objetivo de cara a los ideales que se toman como válidos, y en tanto prácticas ancladas a un paradigma lógico, pueden abandonarse si suponen un estancamiento para el progreso subjetivo. Minimizar las consecuencias de una artificialidad basada en el consumo y en una *praxis* que desdeña el cuerpo y salud de sus agentes, implica ver el sujeto como producto del ideal y no como ser consciente dotado de valores y capacidades racionales.

Con esto en mente, el Estado y su soporte institucional son vistos como la máxima figura del sistema social, aun cuando su asentamiento deriva del reconocimiento público de ciertos nombres, lo que demuestra que no hay originalidad en su empresa y que están al servicio de quien los ha creado. Es así, como la ley y la costumbre, participan de su adecuación a la práctica y son tratados como recursos maleables e imitables usados por el hombre (Emerson, 2014).

La forma en que las demandas con el pasar del tiempo se hacen ley y en su nueva calidad legitiman costumbres instauradas en el colectivo, muestran cómo el hombre tiende a organizar la vida para entenderla y padecerla de un modo práctico, convidando la idea de que no hay bien que exista por encima de él y, por tanto, de sus conciudadanos, lo que se ha denominado “política”. Sin embargo, como indica Emerson (1999), el ritmo acelerado de la industrialización ha acelerado también, en su acontecimiento más íntimo, la vida cotidiana y laboral, llenando de ansiedad e inflexibles obligaciones al hombre de la época.

Aunque el Estado existe para la protección del hombre y su propiedad, el tiempo ha tendido a colocar en el núcleo una vida basada en la posesión y no en el desarrollo, produciendo hombres mezquinos alejados de una ética puesta a su servicio. Los ideales de la riqueza y la apariencia han subordinado al hombre al punto de que no puede reconocerse sino a través del velo de la sofisticación, lo que supone un problema ético/político fundamental.

Frente a estas dificultades, la vía trascendentalista aboga por una ética que se reconozca autocrítica y sólida en función de las necesidades particulares de cada individuo, siendo una forma de suturar al sujeto y de particularizarlo en su enfoque social. En este proceso, la ética también se muestra como garante del sostenimiento político a través de la restitución de la moral como bien común y del criterio ilustrado en tanto imagen pública.

La propuesta de Emerson y Thoreau, discierne de las valoraciones gubernamentales y ofrece un entramado vitalista preocupado por interrogar la calidad de las promesas culturales, más allá de la aceptación anglosajona que puedan tener. Este análisis los lleva a encontrar en la naturaleza una respuesta contundente que promete la vinculación espiritual mediante la continua comunicación con el entorno. Al respecto, Emerson dice: “La miseria del hombre aparece como una pueril petulancia, cuando examinamos la constante y prodiga provisión que ha sido creada para su sustento y placer en este verde globo que lo lleva flotando a través del firmamento” (2000, p. 19).

Así pues, participar activamente de la vida natural implica considerar la belleza como objeto de intelecto y virtud que, mediante la contemplación, la soledad, el autocuidado y el apunte, dan pie a un estilo de vida comprometido con el sustento y su constante reinención. Si “la belleza natural siempre penetra sigilosamente como el aire y envuelve las grandes acciones” (Emerson, 2000, p. 28), entonces instruir la vida en la contemplación se hace necesario para la educación de los sentidos y del propio pensamiento.

Un ejemplo ilustrativo es el observar, que puede entenderse como un imperativo ético, y es que si bien parece que todos se benefician de este sentido en igual medida, hay variados niveles de observación, al punto de que algunos desarrollan tal grado de consciencia que no les resulta ajeno un rostro conocido o el paisaje inmediato por el cual pasean. Observar entonces, se convierte en una forma de habitar el mundo y de reconocerse para él, permitiendo que los ojos expresen el placer de estar plenamente inmersos en la vida.

Según Burroughs (2018), el secreto de ver las cosas radica en la capacidad de atención y en tener una mentalidad sensible, en yacer espontáneo al evento arbitrario y a la subjetividad que se renueva segundo a segundo. El observador es un entusiasta de los dramas que le ofrece el bosque y sus animales: aleteos, posturas, contrastes, movilidad. Él, como el cazador, aprende a mirar los animales en su desnudez y costumbre, pero con ojos de amor, no de muerte.

Bajo esta perspectiva, observar con detenimiento es simplificar la vida a una serie de actos que se articulan valorativamente en *pos* de un bien. Es una acción sencilla que requiere disposición y la suficiente empatía para poner los demás sentidos al servicio de la historia natural, que tiende a engañar, en suma, a los ojos del distraído.

Reflexionar sobre lo furtivo de un ave en vuelo o educar al oído para escuchar la entonación de su canto, también simboliza la viveza de una consciencia que no resulta ajena al lugar al que pertenece. Quizás por ello, escribe Thoreau: “Escucho a la curruca nocturna, que canta como en sueños, y lo hace así desde su primer trino, por alguna razón misteriosa. Nuestro lado espiritual tiene una forma más definida, como la sombra que vemos nos acompaña” (2013, p. 99). Este grado de consciencia implica tener una voluntad que acuda al detalle y la fidelidad, a aquella ciencia de los sentidos que solo los cultos del enternecimiento pueden gozar. Otro ejemplo de contemplación, si se quiere afectiva, es el del caminante como experto en el arte de sentir su realidad, dada la conexión salvaje y desnuda que crea y nutre con su cuerpo.

Caminar es una costumbre india necesaria y exigente, misma que permite explorar los sentidos ignorados por el hombre blanco que prefiere depender del auto y el tren. El caminante aprende a hacerse responsable del ritmo, del tiempo, del mundo distante que habla a espaldas del civilizado y le retorna la emoción de las cosas, restableciendo una escala de valores que la rutina de la ciudad deniega con fuerza (Le Breton, 2023).

Enuncia Le Breton (2023), que “la facultad propiamente humana de dar sentido al mundo, de moverse en él comprendiéndolo y compartiéndolo con los otros, nació cuando el animal humano, hace millones de años, se puso en pie” (pp. 16). Caminar entonces, no solo es una metáfora de la vida, sino también de los valores que ayudan al hombre a darle sentido y acogerla como propia. Así mismo, es símbolo de libertad y responsabilidad, dictámenes esenciales de una vida ética.

De este modo, una forma de vivir comprometida y auténtica comprende la educación de los sentidos y la conexión con la naturaleza como estimas necesarias para relacionarse con los melodramas del bosque y sus animales, nuevamente, para que dicho afecto se vuelque al interior. Así pues, el filósofo no es el académico que invierte sus horas en las lecturas de otros pensadores, sino aquel cuya consciencia le hace parte del mundo en tanto responsabilidad vital.

El recurso máspreciado para el hombre reflexivo no es el plano abstracto del pensamiento, sino la corporalidad mediante la cual se puede conectar con una espiritualidad profunda. La libertad como supuesto del carácter humano, permite establecer los límites de una mente cultivada y de un cuerpo que responda a unas demandas propias, ya que resulta irrelevante cosificar el pensamiento, a partir del concepto, tanto como la vida.

Thoreau (2018) con firmes sospechas de que la academia con sus métodos de enseñanza no tiene un impacto relevante en el aprendizaje y la vida de sus estudiantes, se pregunta por qué las instituciones optan por enseñar economía hasta al más pobre de sus estudiantes que, mientras se hacen letrados en teorías de pensadores famosos, continúan padeciendo los desengaños y dificultades de la deuda y la carencia. Parece que llevar una vida económica no resulta de interés al compendio teórico de la escuela y la universidad, pero es necesaria para la filosofía, aquella llamada “vivencial”.

La filosofía debe ser capaz de brindar una asesoría sobre aquellos contenidos vivenciales que suponen una dificultad para el hombre, de tal modo que pueda decir algo acerca de ellos. La noción de “vida” como concepto y universal tiende a monopolizar la verdad en contraposición a narrativas más subjetivas y entrañable para el *yo*, motivo por el cual, los preceptos de la tradición hacen discursos de un saber previo que se replica históricamente como una recopilación esencial. Sin embargo, la introspección, el diario y la

convivencia en sano respeto con el mundo, ofrecen verdades y perspectivas que surgen de experiencias individuales únicas.

El filósofo, bajo estos postulados, tiende a hacer un énfasis intensivo en caracteres de orden práctico en detrimento de asuntos conceptuales o puramente metafísicos. Hay pues, un culto al aprendizaje mediante el hacer y una exigencia de hacer ejemplo con cada aprendizaje:

Siga con su vida, persista en ella, gire a su alrededor, como hace un perro alrededor del coche de su amo. Haga lo que ame. Conozca bien de qué está hecho, roa sus propios huesos, entierrelos y desentiérrelos para roerlos de nuevo. No sea demasiado moral. Sería como hacer trampas con uno mismo. Sitúese por encima de los principios morales. No sea *simplemente* bueno, sea bueno por algo (Thoreau, 2012, p. 19).

Estas son las premisas que plantea Thoreau de cara a una exploración personal. La consciencia permite emparentar la intimidad con una noción amorosa del acto de existir, porque estar presente es una forma de ser para el mundo y de decir algo sobre él, es acceder en su complejidad, a la invitación vivencial de participar activamente y de buscar el bien común a través del cultivo propio, esto es, mediante el ejemplo.

La filosofía es un modo de padecer la vida bajo la cual toda verdad enunciada es solo semidicha en el contenido y experiencia de cada existente. Vivencias iguales, pese a la similitud objetiva que pueden presentar, sensibilizan el camino de variadas formas, pero certifican una motivación única en cada compromiso: el reconocerse libre. Las situaciones ilimitadas dejan de ser un drama evitable para convertirse en una operatoria constante y necesaria para consolidar una perspectiva auténtica frente al conocimiento, lo que condiciona al hombre a hacerse crítico con su propio deseo.

Esta resignificación en lo “indeseable” de vivir, también supone entender la soledad como medio de introspección, como un espacio de reflexión frente a la adversidad e inquietud. El solitario se ha pensado como aquel que no logra adecuarse a la idea de comunidad, sin embargo, estar en soledad es solo una forma de categorizar el afecto dirigido al interior. En términos estrictos, es imposible no gozar de compañía alguna, pues se yace vinculado a las carnes y mentalidad que definen al sujeto en su particularidad y es allí, en esta paradoja de la definición, que el sujeto se reconoce como sujetado a sí mismo y como objeto de su propio intelecto:

Así, pues, es inevitable que aquella se recoja y se asile en sí misma: tal es lo que constituye la soledad verdadera, que puede gozarse en medio de las ciudades y de los palacios, pero que se disfruta, sin embargo, con mayor comodidad en el aislamiento (Montaigne, 2010, p. 77).

Montaigne (2010) hace un tratamiento del solitario como aquel cuya satisfacción depende de sí, al punto de recordar el incendio que aconteció Estilpón, que le privó de su esposa, hijos y bienes variados, y cuenta cómo Demetrio, viéndole inmutable y en calma, le pregunta preocupado si hubo de experimentar alguna pérdida, a lo que responde que nada suyo resultó extraviado.

La soledad como entramado ético de la filosofía vivencial, hace efectiva una economía energética ante la adecuación de los medios para el bienestar subjetivo, esto es, el análisis, la tranquilidad y la pertenencia como correlatos de una exploración espiritual. Es quizá una de las respuestas más importantes de la filosofía thoreuriana al capitalismo moderno, puesto que el ejercicio del pensamiento y de su práctica, se ponen al servicio de la responsabilidad integral de una vida basada en principios, no del materialismo. Esta definición se corresponde con la ofrecida por Michel de Montaigne: “El fin último de la soledad es, a mi entender, vivir sin cuidados y agradablemente; mas para el logro del mismo no siempre se encuentra el verdadero camino” (2010, p. 75).

Thoreau encuentra en la soledad una condición espiritual que le faculta para vincularse con la naturaleza y con su parte más salvaje. Es así como disiente de la normatividad cultural y pone en práctica su noción de economía, estudiándose a sí mismo y a la naturaleza, para acceder a experiencias más profundas que las propuestas por el capitalismo. Es incluso una cura para la tristeza y el dolor existencial:

A veces experimentaba que la compañía más dulce y tierna, la más inocente y alentadora, podía hallarse en cualquier objeto natural, incluso para el pobre misántropo y el hombre más melancólico. No puede haber una melancolía muy negra para el que vive en medio de la naturaleza y aun goza de sus sentidos (2018, p. 176).

La naturaleza expresa una profunda verdad sobre el poder curativo y revitalizante que se encuentra en la vida que la conforma. Incluso para aquellos que se sienten alienados de la sociedad (misántropos) o profundamente tristes (melancólicos), la naturaleza proporciona una fuente inagotable de consuelo y esperanza, además de ser un espacio de comunicación espiritual para el solitario que se busca a sí mismo.

La tarea de acontecer una vida virtuosa implica renunciar al materialismo como único medio para la realización del ideal, al mismo tiempo que interrogar si hay necesidad y dignidad en tender a dicho designio. Más allá de los límites de la posesión y de las valoraciones que tienen lugar en su reconocimiento, “es indispensable desprenderse de toda obligación importante; y bien que se guste de esto o de aquello, no inquietarse más que de sí mismo” (Montaigne, 2010, p. 79).

Frente a la enunciación de los vicios, dice Montaigne que “el estado más deplorable del hombre es aquel en que pierde el conocimiento, imposibilitándose de gobernarse a sí mismo” (2010, p. 121). Si bien esta reflexión hace parte del ensayo *De la embriaguez*, no se negará con facilidad que hay variadas formas de embriagar el alma y que en sus múltiples procesos, no es necesario ingerir bebida alguna. Tal es la materia de los vicios que pueden crear confusión al ser asociados con una práctica concreta, cuando puede llegarse a un estado de disociación en la plena vigilia. ¿No se encuentra acaso en un estado de embriaguez quien es incapaz de cuestionar y comprender su propia vida? O peor aún, ¿quien lleva una vida coartada por la esclavitud y el discurso de un otro pensándose libre y conocedor de aspectos importantes?

En el razonamiento de Thoreau y Montaigne, pueden hallarse pistas que señalan la soledad como un medio para agilizar el progreso y el estudio del pensamiento. Más allá de una disposición meramente fisicalista, es importante cuestionar cómo la simplicidad en conjunción de un estilo de vida solitario y armónico con la naturaleza, permite disipar la confusión humana al respecto de las reclamaciones modernas del sistema industrial.

En conclusión, la forma más adecuada de responder críticamente a los universales propuestos por el capitalismo, es abandonar conductas poco nobles que se esgriman a favor de la pereza y la sumisión, para adoptar, en cambio, una vida basada en los principios del trascendentalismo, cuya preocupación no se reduce al examen de la pretensión y la riqueza, sino que muestra cómo una libertad basada en el autogobierno, la contemplación, la soledad y en las directrices de la naturaleza, definen a la filosofía en su facultad por ser practicable y deseable.

## 2. Rasgos salvajes: simplicidad

Luego de destacar algunos de los problemas que implica seguir los mandatos de la sociedad moderna, estudiar los hábitos de Thoreau puede aportar un impacto relevante en las reflexiones filosóficas actuales, permitiendo vislumbrar un panorama que no se limite a ofrecer ideologías prefabricadas y sus respectivas consecuencias. Bajo este propósito, indagaré en los rasgos salvajes que destacan a Thoreau, específicamente: la simplicidad, el caminar, la desobediencia y su vinculación con la naturaleza.

Cada uno de estos rasgos, impregnados por principios básicos como la autenticidad y la observación, conforman hábitos que por sí mismos ofrecen nobleza y relevancia a toda actividad, lo que les hace provechosos de diversas maneras. Sin embargo, al ser articulados con un carácter crítico que enfatice el vivir como un ejercicio experimental y de constante desafío, pueden convidar más que un sentido vital; pueden convertirse en fines en sí mismos, buscando enaltecer la pertenencia a un salvajismo filosófico:

Si se afirma que la civilización es un verdadero avance en la condición del hombre {...} debe demostrarse que ha producido mejores residencias que no resulten más caras, y el coste de una cosa es la cantidad de lo que llamaré vida que ha de cambiarse por ella, de inmediato o a largo plazo (Thoreau, 2018, p. 85).

La civilización ha entendido que la construcción de casas más grandes brinda un mayor confort, dada la posibilidad de albergar lujos exclusivos y elementos como persianas, esculturas y cerrojos elaborados, sin embargo, se ha dejado de lado la cantidad de tiempo que implica hacer un intercambio en términos monetarios, suponiendo un avatar beneficiarnos de una “caja” que nos proteja del invierno.

Las viviendas dejaron de ser un lugar para guardar reposo, para convertirse en una excentricidad que busca alimentar la presunción de su dueño, lo que desplaza la utilidad de la cosa a un materialismo sosegado a la opinión. Esto ha convocado un absurdo en el que enterrarse a sí mismo es el medio para encontrar un sitio para vivir, siendo la elegancia lo que prima por encima de la tranquilidad.

Así, descubre Thoreau un gran sentido de pertenencia en las costumbres indias, cuyas tiendas ubicadas en poblados existen en función de una utilidad tan sencilla como animal: la protección. Se narra que estas moradas podían construirse por primera vez en un par de días

y que podían armarse nuevamente en algunas horas, cubriendo una necesidad vital en poco tiempo y ahorrándolo de una esclavitud en su empeño.

La enseñanza salvaje de los indios Penobscot, apunta a un refugio pequeño que les proporcione resguardo del clima y que pueda ser llevado al hombro con facilidad, metáfora de que el hogar acompaña a su gente y se forma en el movimiento. Hechos con fina tela de algodón, no eran sólidos ni albergaban comodidades domésticas que se ocupan más de sofocar la vida que de facilitarla, promoviendo la simplicidad y la movilidad sobre el culto a la dependencia (Thoreau, 2018).

Thoreau nos recuerda que “el hombre no fue hecho con miembros tan grandes y robustos para que tratara de estrechar su mundo y cercara con un muro el espacio que le conviniera” (2018, p. 82), sino para que usara su fuerza en la consecución de una vida auténtica y privativa de cara a los vicios facilistas que son vendidos como estilos de vida saludables.

El hombre moderno puede ser equiparado a la figura de Boxear en *La rebelión de la granja*, se le admira por su fuerza y dedicación, pero a menudo se encuentra desorientado en cuanto a los verdaderos intereses que defiende. En lugar de buscar la autosuficiencia, tiende a delegar su poder y virtud en aquellos socialmente aceptados, convirtiéndose así en una mera representación de la masa que ansía pertenecer a un grupo, sin cuestionar las normas y costumbres establecidas. Esta suerte de caricatura refleja un fenómeno social paradójico: aunque el individuo es fundamental para la existencia de la comunidad, suele encontrarse alienado de su propio poder y capacidad de decidir libremente.

Boxer personifica el espíritu fragmentado de innumerables individuos que sacrifican su identidad en aras de la seguridad material y la pertenencia social, diluyendo su potencial en la conformidad de lo que la sociedad considera aceptable. El culto a la posesión y su aplauso público, da cuenta de una fuerza carente de reflexión, igualmente dañina que una consciencia crítica sofocada por la debilidad.

Con los avances vertiginosos de la tecnología y la ciencia, donde la información es de fácil acceso y las mansiones amplias como nunca se han visto, es imperativo preguntarse si los hombres han sufrido los mismos cambios: ¿acaso sus conocimientos son tan amplios como las ideologías que persiguen?, ¿han aprendido a cultivarse como los campos arados

que monopolizan la tierra? O han permanecido sedentarios mientras la sociedad les apremia con facilismos que les distancia de lo esencial (Thoreau, 2018).

Reflexionar sobre los lujos y las posesiones en su tratamiento de comodidad y estatus, implica examinar un estilo de vida y por ende, la ética que lo orienta. La exhortación de Thoreau puede interpretarse bajo una máxima que unifica los diversos entramados de su obra, incluyendo los aquí mencionados: una vida debe estar sujeta a principios y aquella que no lo esté, no es deseable. En palabras más sencillas y del propio Thoreau: *Todo lo bueno es libre y salvaje* (2017c).

Esta noción de vitalismo sostiene que la vida no se sintetiza en la medianía del concepto o en el tratamiento con lo físico/químico manifestado de forma pura, sino que hay una voluntad natural que impregna todo en cuanto existe y que su cultivo es necesario para llevar una vida digna, en términos thoreurianos deseable de ser habitada, y enfática con legitimar una experiencia vital directa con la naturaleza.

Con tal motivación, Thoreau deniega el ordenamiento social por llevar una vida mediada por el consumo y la reputación generada por este, instando a participar activamente de la vida natural y a tomarla como objeto de intelecto y virtud. Mediante la contemplación, la soledad, el autocuidado y el apunte, la filosofía thoreuriana hace visible su compromiso por ostentar una existencia crítica convocada a la reinención, oficio que adquiere sentido gracias al cultivo del juicio. Este propósito puede leerse en clave cartesiana gracias a la tercera máxima sugerida por el autor en su moral provisional:

Mi tercera máxima era la de intentar siempre vencerme a mí más bien que a la fortuna y cambiar antes mis deseos que el orden del mundo, y, generalmente, acostumbrarme a creer que no tenemos enteramente nada en nuestro poder excepto nuestros propios pensamientos (Descartes, 1994, p. 21).

Esta idea, correspondiente a la moral estoica, atañe al adecuado comportamiento y a la preocupación por la *praxis* como una forma de educar el deseo. Si la voluntad se inclina naturalmente a desear aquellas cosas que el entendimiento asume posibles en su adquisición o realización, entonces considerar ajenos los bienes fuera de nosotros y alejados de nuestro poder, garantiza que no deba sufrirse por su ausencia (Descartes, 1994).

El ejercicio de la introspección como modelo ético permite cuestionar cuál es la diferencia entre el deseo y la necesidad. Respecto al primero, Thoreau tiende a asociarlo con aquellas aspiraciones que son comúnmente aceptadas en la esfera pública, aun cuando su consecución suponga mayores consecuencias que su negación; respecto al segundo, Descartes lo pensará en términos filosóficos como una exigencia por la búsqueda de la verdad y la certeza, en cuya metodología es lo que no puede ser objeto de duda ni cuestionamiento: el *yo pensante*.

La distinción epistemológica entre cuerpo y alma autoriza al mecanicismo a estudiar el ámbito biológico y fisiológico del ser humano, obligando a Descartes a recurrir a nociones antiguas de la tradición naturalista y médica para dar cuenta de la comunicación entre el pensamiento y su extensión, de allí que los *espíritus animales* sean un compuesto crucial para entender cuál es el asiento principal del alma y cómo esta logra comunicarse con el cuerpo.

Con esto en mente, el artículo II del *Tratado de las pasiones* retrata la influencia directa que tiene el cuerpo sobre el alma y cómo los procesos corporales pueden ser causantes de experiencias pasionales. Por ende, una buena comprensión de las diversas funciones que desarrollan los componentes del dualismo, brinda herramientas para instruir el alma mediante la práctica de determinadas acciones y hace ventajoso el proceder del cuerpo cuando este es articulado por la razón y no por la pasión desnuda.

En el artículo XXVII, Descartes ofrece una definición de las pasiones caracterizada por tres elementos disyuntivos: “me parece que se puede definir las, en general, como percepciones o sensaciones o emociones del alma que se refieren particularmente a ella” (1994, p. 99). No obstante, la designación que ha prevalecido es la de “emoción” proveniente de *emovere* que en su sentido etimológico se refiere a producir movimiento o cambio.

Esta definición enmarca su propósito en los lineamientos del autoconocimiento y la educación emocional, pues el análisis cuidadoso de las respuestas pasionales permite no solo conocer su naturaleza, sino también abordarlas con el objeto de su regulación. Descartes considera que la voluntad, guiada por la razón, tiene el poder de regular las pasiones y sobre todo, de tender a un alma fuerte mediante el redireccionamiento de las emociones.

La repetición de actos dirigidos por la razón y el cultivo de hábitos virtuosos, permite también transformar pasiones en otras, en tal caso, el miedo puede convertirse en prudencia y la envidia en admiración “porque vemos que son todas buenas por naturaleza, y que no tenemos que evitar más que su mal uso o sus excesos, contra los que podrían bastar los remedios que he señalado si todos pusieran el cuidado suficiente en practicarlos” (Descartes, 1994, p. 203).

Este punto muestra una seria oposición con los estoicos, quienes consideraban como moralmente malas todas las pasiones, bajo la idea de que alterar el alma impedía la impassividad del sabio. En cambio, Descartes promueve el justo disfrute de las pasiones y postula tanto la prevención como la habilidad de corregir la exaltación de la sangre frente a las demandas de la emoción, sin embargo, el remedio más fácil de practicar contra esta naturaleza de excesos es que:

Cuando se siente que la sangre está conmocionada de esta manera, se debe recordar que todo lo que se presenta a la imaginación tiende a engañar al alma y a hacerle parecer que las razones que tratan de persuadirla para que siga el objeto de su pasión, son mucho más fuertes de lo que son, y las que tratan de disuadirla son mucho más débiles (Descartes, 1994, p. 204).

Si la pasión intenta persuadir al cuerpo de que lleve a cabo cierta deliberación, lo prudente será abstenerse de enunciar un juicio y guardar reposo hasta que la sangre reduzca su conmoción. En caso de que seamos enfrentados por una situación que impida el cavilar de la razón, entonces lo más acertado será hacer lo contrario a lo que llama la pasión, por ejemplo:

Cuando sientan que el deseo de venganza o la cólera les incitan a correr inconsideradamente hacia quienes les atacan, recuerden que perder es imprudencia cuando uno puede salvarse sin deshonor; y que, si la lucha es muy desigual, vale más retirarse honrosamente o acuartelarse que exponerse brutalmente a una muerte cierta (Descartes, 1994, p. 204).

En el último artículo del *Tratado de las pasiones*, a modo de conclusión, Descartes señala que la sabiduría tiene una clara utilidad cuando se le otorga un enfoque moral. El alma está llamada a gozar de las pasiones y es correcto entregarse a dicho goce siempre y cuando se les dé un buen uso, esto es, regularlas, interrogarlas y negarlas de ser necesario.

Esta postura es equivalente a la “confianza en uno mismo” por la que abogan los trascendentalistas, pues mediante la educación de los sentidos y del intelecto, se busca una relación más consciente con el entorno natural, misma que se alimenta con acciones concretas como el caminar, la contemplación y la escritura. Si bien hay diferencias en cuanto al uso de términos es posible interpretar un mismo propósito: habitar la vida reflexivamente.

Como bien se enuncia en la introducción del libro *Correspondencia con Isabel de Bohemia*: “Descartes no comienza sus discursos con seguridades, sino con dudas, preguntas. Dudas sobre la validez de todo lo que ha legado la tradición {...} y, por tanto, necesidad de revisarlo, de no admitirlo más que con cautela, provisionalmente, mientras no encontremos un fundamento más seguro para nuestra vida” (1999, p. 10). La enunciación de este compromiso se hace manifiesto por Thoreau cuando deniega las convenciones sociales sobre la naturaleza, el cuerpo, el trabajo y la amistad, al tomarlos como asuntos de posible resignificación. Tal era su talante que dice Emerson: “Decir ‘no’ no le costaba nada y le resultaba más fácil que decir ‘sí’. Su primer movimiento instintivo al oír una proposición era refutarla, tal era su impaciencia ante lo que limita habitualmente nuestros pensamientos” (2019, p. 46-47).

Tanto en Thoreau como en Descartes hay una serie de similitudes que permiten desarrollar una filosofía moral en consonancia con la introspección, el compromiso con el conocimiento y la crítica al espíritu gregario. El estadounidense, por ejemplo, en desacuerdo con la instrumentalización de la vida que supuso la construcción del ferrocarril y otros tantos artilugios consecuencia de la industrialización, toma la decisión de construir una cabaña en la laguna Walden, lugar en donde residiría por un par de años y se entregaría a la contemplación y conexión con la naturaleza como crítica pacifista ante los ideales de la época. Así mismo, el francés muestra una amplia responsabilidad con habitar la existencia reflexivamente, interés que se halla respaldado por la correspondencia que mantuvo con Isabel de Bohemia al confesarle pleno compromiso con su inclinación racional, además de sostener una duda metódica que establece la naturaleza del pensamiento y el pensador como figuras innegables de la realidad objetiva, en contraposición a lo ilusorio y ficcional.

En este contexto, el cultivo de la razón ofrece una respuesta vitalista y afirmativa a las demandas propuestas por el capitalismo, dado que privilegia el autoconocimiento y la

disciplina como medios para acceder a la felicidad. En detrimento de la reificación, las reflexiones expuestas sobre las pasiones muestran la transitoriedad de los bienes materiales, además de promover la realización espiritual mediante la ilustración del criterio. Así mismo, Descartes convida una serie de herramientas para regular las pasiones y para transformarlas en respuestas constructivas, postulados especialmente valiosos en un entorno en el que prima la alienación laboral y la constante competencia por el poder.

La idea de buscar la propia ilustración se hace latente en el salvajismo de Thoreau como una actitud contestataria, es decir, como una desobediencia puesta al servicio de la plenitud, no del materialismo. Se ve con frecuencia que las tareas mecánicas privilegian al objeto dejando de lado el sujeto que las efectúa y es que una visión limitada del oficio es una limitación del objeto mismo de la vida.

La supuesta mejora del establecimiento y el cuerpo, apunta a una riqueza material que deriva del éxito y la superación, pero Thoreau sostiene que “la mayor ventaja que podemos tener es no tener ventaja de ningún tipo” (2017a, p. 186-187). Se ha mencionado previamente cómo el costo real de una cosa no solo conlleva su adquisición, sino también su constante mantenimiento. Por lo tanto, la búsqueda de una vida simple ofrece la misma libertad del animal silvestre.

La moción ética de Thoreau, siembra sus raíces en una tierra fértil que priorice el crecimiento y fortaleza, en lugar de una fútil utilidad. Vivir conforme a principios no es otra cosa que procurarse libre de cualquier atadura, de ahí que el hombre sensato abandone sus ornamentos y limite sus relaciones con el mismo rigor que cuando de cosas se trata.

La bella imagen de tres sillas que reposan en una pequeña cabaña, enseña que lo esencial hace parte del detalle, no de la cantidad que olvida la minucia. Una conversación entre dos personas o entre una si así se prefiere, matiza más los elementos del discurso que un apalabrar acelerado y en tono alto, característico de las participaciones grupales. La misma analogía puede aplicarse al mantenimiento de las cosas: entre más se posee, más se distancia la voz en el eco de la materia.

Un estilo de vida desprovisto de una ética que le dé contenido y lo articule mediante el entendimiento, deriva en conductas que solo benefician a la cultura y su monopolio. Este enfoque resalta la idea de una cuantificación objetiva, donde el valor del trabajo se traduce en la ganancia de dinero que se intercambia por bienes materiales. Surge así la necesidad de

cuestionar si una perspectiva acrítica de la propia vida, que equipara el bienestar al consumo y el goce, puede considerarse ética, independientemente de la calidad y de las consecuencias del placer alcanzado:

Así, las masas sirven al Estado no como hombres, sino básicamente como máquinas con sus cuerpos. En la mayoría de los casos, no ejercitan libremente ni el juicio ni el sentido moral, sino que se rebajan al mismo nivel de la madera, la tierra y la piedra, e incluso podrían fabricarse hombres de madera que tal vez sirvieran al mismo propósito (Thoreau, 2023b, p. 8-9).

Thoreau (2018) expresa con incredulidad que el modo más conveniente de asegurarse un vestido sea a través de un sistema industrial enfocado en la acumulación de riqueza, en lugar de un procurar calidoso y afable para quien necesite nuevas prendas. Sin embargo, hay de fondo una problemática mayor, pues ignorar el contexto socio-cultural que respalda esta forma de proceder podría resultar en un debilitamiento del espíritu, dada la influencia que tiene la esfera pública en la toma de decisiones de cualquiera que quede expuesto ante ella.

Pese a lo anterior, el hombre está en la obligación de asumirse con formidable respeto hasta convencerse de que la imitación es un suicidio. Él es lo que el mundo le ha obsequiado y debe aceptarse para labrar el alimento que ha de consumir, aunque en la infinidad del mundo haya más alimento y más por hacer (Emerson, 1999).

Emerson (1999) afirma que la virtud más exigida es la aquiescencia, mientras que lo más despreciado es la confianza en uno mismo. A juicio popular, la virtud es la regla excepcional que debe regir la conducta, como si el hombre estuviera obligado a pedir disculpas en un lenguaje cordial, en uno que pueda complacer la consciencia de los otros, aunque la suya se pierda en el proceso.

Lo que compete al hombre son las exigencias de su propio deber, y solo él puede perseguirlas ante la complejidad que le convocan. Convertir la vida en un camino para expiar la culpa, le convierte en un espectador uniformado y distante que presencia cómo su autenticidad es sacrificada en aras de una supuesta virtud, misma que enmudece su voz interior.

La crítica de Thoreau a la ley y su conservación, permite establecer un diálogo con Emerson sobre este tema. Thoreau (2023b) argumenta que la normatividad, preexistente a la

consciencia cultural, no hace a los hombres partícipes de la justicia y que, aquellos cuyo respeto es ciego y mediático, se hacen injustos por miedo a cuestionarla.

Las motivaciones que impulsan al hombre a desplegarse en su realidad social, con frecuencia predicen una tiranía de las costumbres, mismas que, de no ser atendidas, persistirán a modo de enfermedad y abandono. Por esta razón, la voluntad debe cuestionarse y nutrirse de los sentidos que agitan el pensamiento, tal como una cuerda cuyas hebras modifican los contornos y utilidades a las que puede someterse.

La ciega obediencia del cuerpo militar hacia la ley y su propia estructura jerárquica, se evidencia en las marchas organizadas por rangos y experiencia, las cuales son parte primaria de la preparación para la guerra. ¿Dónde está el sentido común de estos hombres?, ¿son sus acciones consecuencia de una exigencia consciente? (Thoreau, 2023b). En cualquier caso, estos individuos ocupan el papel de engranajes en una gran máquina movida por ideales institucionales, y son preguntas cuya respuesta es impedida por su profesión.

Otra de las dificultades que enfrenta el hombre para asumir la responsabilidad de comprenderse profundamente es su constante exigencia de ser coherente. Se socava la posibilidad de una vida simple cuando cada una de las opiniones que se tiene al respecto se registra en la memoria, como si los datos provenientes del exterior fueran provechosos o siquiera interesantes. En realidad, estos son solo prejuicios sintetizados en premisas vagas, demasiado metafísicas para ser comprendidas y basadas en una lógica que pretende ser verdadera, como si la vida no contemplara la contradicción.

Según Emerson (1999), una acción auténtica es aquella que fluye de modo natural y honesto en el momento de su realización, con independencia de lo que pudo pensarse previamente. La existencia no es una línea recta que se recorre con una velocidad sostenida, al contrario, es un zigzag con altibajos cuya heterogénesis es constante.

Aunque pueda parecer contradictorio, la diversidad del comportamiento encuentra cohesión en la voluntad, justificando así las decisiones que fueron tomadas en cada momento. Esta integración de lo diverso ayuda al hombre a que encuentre coherencia en su pensamiento y acción, lo que indirectamente contribuye al reconocimiento de su valor social.

Esta es la forma en que Thoreau y Emerson responden a las exigencias de una sociedad capitalista que extiende su dominio sobre el cuerpo de los hombres, prometiéndoles éxito y comodidades, en contraposición a un criterio moral cultivado mediante los buenos

juicios. El criterio moral se abandona cada vez más y a un ritmo preocupante para darle cabida a los objetos que conforman la libertad de la nueva era. Así como el ferrocarril, el telescopio y la imprenta se abanderaron como signos de progreso y saber, las redes virtuales y la tecnología depurada, se esgrimen como los nuevos héroes de la póstuma generación.

Esto legitima la idea de Thoreau de que el interés masificado por acceder a los productos trivializa la experiencia de un buen vivir, pues se ha demostrado la íntima relación entre el trabajo enajenado, la fetichización de la mercancía y la desrealización que esta produce en el sujeto, por ejemplo, en las obras de Marx y Engels. Hay también un llamado al entretenimiento y al ocio, mediado por el consumo y la pereza, como si un modo de vida reflexivo no pudiera ser adecuado a las demandas del divertimento o como si el acto de ganarse la vida y de regularla conforme a la propia voluntad, no convidara suficiente contenido (Thoreau, 2018).

La concepción cultural de que “más es mejor”, ha conducido a la humanidad a descuidar el verdadero bienestar al aceptar una vida erigida en la falsa teatralidad, aquella que permite el acceso al placer inmediato. Esto se manifiesta en el intercambio descarado de la salud por el dinero, confundiendo necesidad con deseo.

Así pues, recuperar la austeridad tanto en el quehacer como en el pensar, ayuda a desvincularse de una materialidad que socava una vida afable y en calma, y es que recordar la simplicidad de un hombre como Thoreau, quien no cerraba su casa al salir, ni era celoso con la mirada del curioso o del necesitado, corrobora su convencimiento de que la sencillez previene el hurto y el mal vivir de los demás.

Thoreau carecía de tantos objetos que se estimaba fuera de peligro y afirmaba que el robo tiende a existir en comunidades donde unos poseen más de lo necesario, mientras otros carecen de lo esencial. Esta es una de las conclusiones a las que llegó tras llevar una vida austera y extrañamente simple en relación a sus contemporáneos. Para comprender las motivaciones de Thoreau por construir una experiencia solitaria, andariega y modesta, es indispensable entender que las cosas no son posesiones humanas, sino que lo humano es cosificado en sus posesiones, ya que lo obligan a cuidar y reparar lo que le pertenece. Un objeto no es un mero accesorio, sino que implica unos medios de compra y de sostenimiento, para lo cual es necesario una inversión de tiempo.

No hay recurso más valioso que el tiempo, ya que es irrecuperable y se agota segundo a segundo. Gastarlo sin reparo es síntoma del vicio. Montaigne (2010) consciente de los riesgos que pueden padecer los hombres que dejan guiarse por los deseos y la ambición, señala que son los filósofos quienes enseñan el cuidado ante tales apetitos, pues estos modos de gozar, tan variados en tamaño y forma, abarcan tanto que pueden asfixiar.

Este pasaje puede interpretarse en clave trascendentalista, ya que invertir el pensamiento en trivialidades que dañan la vida en lugar de nutrirla y perfeccionarla, no solo es una pérdida de tiempo, sino también un abandono de la virtud y un actuar en su contra. El método de austeridad propuesto por Thoreau, no solo implica una vida simple en los términos de la cosificación, sino también en las relaciones que se establecen, sea con los otros o consigo mismo. Los asuntos que requieren atención y mantenimiento, tienen también un peso y consecuencia, de modo que renunciar a los vicios habla tanto de una persona como todo lo que posee.

Finalmente, la respuesta ética que asume Thoreau tras rechazar el modelo capitalista de su época, no solo denota una inconformidad con la vida excéntrica y lujosa de algunos de sus contemporáneos, sino también con la multiplicidad de asuntos que exigen tiempo para su realización. Por ende, una vida simple es por definición crítica, capaz de determinar cuáles decisiones prometen un verdadero beneficio en contraposición a las falsas sombras que pueden extenderse a lo largo y ancho de la caverna.

### **3. Rasgos salvajes: caminar y naturaleza**

Cuando se lee a Thoreau puede observarse, con cierta claridad, que los distintos entramados de su obra componen una epistemología de orden naturalista y que su ética se funda en la capacidad humana de conectar con la naturaleza y con los seres que la habitan. Comprender que el hombre se hace en el movimiento y que su carácter subjetivo le condiciona a participar de directrices naturales y morales, permite hablar de un estilo de vida que se inscriba en una ética del aprendizaje y del buen vivir.

Esta moción dista del concepto y de las categorías teóricas tan características en la historia de la filosofía, para enfatizar, a través del ejemplo, que la vida no puede entenderse bajo un conjunto de apócrifos o de una columna teórica sujeta a lo abstracto, sino que el valor de hacer filosofía radica en la posibilidad de legitimar un aprendizaje que se humanice en el tratamiento del cuerpo y de su mantenimiento en virtud de prácticas que sensibilicen al sujeto de su propia potencialidad. Por esta razón, entender los rasgos salvajes de una epistemología vivencial como los fundamentos de una ética, amplía el panorama de la actividad al concebirla como cotidianidad pura, como el campo experimental a través del cual el hombre se hace a sí mismo en su conocimiento del mundo.

Cuando Thoreau (2018) hace referencia a su filosofía suele hablar de los sentidos como fuente de conocimiento y de reunión con el orden natural, entendiendo al hombre como el constructor de su propio templo, su cuerpo, y como una materialidad cuyo homenaje es vivir bienamente para el propio dios. Así pues, el salvajismo thoreuriano encuentra en el caminar la recuperación de una sensibilidad plena capaz de entregarse a la naturaleza y a los seres que la habitan, creando una apertura del yo mediante la reflexión sobre el entorno natural.

Así como la simplicidad es la facultad de alimentar la vida bajo la sencillez de los vínculos, materiales y humanos, el caminar guarda también una relación con la austeridad del actuar, pues no requiere del exceso para convidar su beneficio. Esta es la contrariedad que se sostiene con los transportes modernos, que en su concepto de eficiencia, limitan la relación del sujeto con el objeto a una mirada vaga que huye al detalle y el recuerdo.

En contraposición, el caminar se da en compañía de la observación y la soledad como elementos de un proceso reflexivo e introspectivo, lo que genera una consciencia del espacio y el tiempo en que se ubican los animales, el cuerpo y la disposición de las cosas en consonancia a lo relativo de sus conexiones. Caminar es colocar en paréntesis el ruido de la ciudad y su constante velocidad para entregarse a los sonidos que se enuncian voz a voz en los bosques y senderos. Según Le Breton (2023), es una forma de volver a sentir el yo y de asimilarlo sin la urgencia de la ciudad y la rutina colectiva, ciertamente es, despojarse de la artificialidad y experimentar la realidad en su forma más auténtica y primitiva.

En este sentido, el interés del viaje desempeña un importante papel, tanto si se trata de una excursión, del senderismo o de un paseo corto, según el lugar y ritmo del caminar, la naturaleza se revela con su propia forma, apareciendo matizada al detenido y observador. Al respecto, Burroughs habla de:

La alegría de moverse y superarse, del desgaste y el progreso, de la sed de espacio, de kilómetros y leguas de distancia, de vistas y perspectivas, del cruce de las montañas y el rodeo de los ríos y el desafío de los hielos, con calor, con nieve, con peligros, con dificultades (2018, p. 54).

Para Burroughs y Thoreau, caminar representa no solo un modo eficaz para adquirir conocimiento fiable sobre la realidad objetiva, sino también una forma de conocer los límites del cuerpo y de superarlos mediante el hábito y compromiso con el movimiento. Según Thoreau (2018), el caminar es una forma de habitar tanto el cuerpo como la naturaleza, lo que implica que prescindir de esta práctica es abandonar la carne del yo y entenderla como una entidad pasiva incapaz de intervenir el mundo. Esta idea se ve reflejada en su decisión de incorporarse a los bosques, motivado por comprometerse con los aspectos esenciales de la vida, para evitar la dura verdad de descubrir, poco antes de su muerte, que no vivió realmente.

Al igual que Burroughs, Thoreau se preocupa por pensar el espacio como un anhelo profundo por conectar con la libertad, que se cultiva en el cuerpo, a través de su relación con la naturaleza. Este espacio no se limita a la dimensión física, sino que procura una expansión del *ser* mediante las prácticas éticas que se han mencionado previamente. Así, su entendimiento del espacio trasciende los límites del fisicalismo para hondar con mayor rigor

en la simplificación de la experiencia vivencial, en conjunción con los ideales espirituales, que promueven la vastedad de la naturaleza como el escenario por excelencia para alcanzar la plenitud de una existencia auténtica.

Nuevamente se hace visible la relación que existe entre la epistemología thoreuriana y el fundamento ético de su filosofía vivencial. El conocimiento está articulado por la asistencia permanente a la naturaleza, y los sentidos en calidad de intermediarios, sectorizan el cuerpo en su adhesión al carácter espiritual que se halla en lo sensible.

Al respecto es menester precisar lo siguiente: el rigor científico de Thoreau sugiere un conocimiento relacional en el que sujeto y objeto no son considerados entidades opuestas ni composiciones monistas, como puede verse en el caso de Emerson (al entender la naturaleza, Dios y el hombre como una trinidad), sino que denota un compromiso con la vivencia para descifrar la intimidad que entre ambos se teje. En otras palabras, la teoría de conocimiento por la que aboga Thoreau no tiene interés por conocer las cosas en sí mismas o en su pura objetividad, sino en comprender cómo estas conexiones pueden ayudar al hombre a alcanzar su realización ética. Esta es una de las características distintivas de la filosofía thoreuriana: la implicación de la consciencia al entorno natural y su correlación con los rasgos salvajes, es una forma de significar al hombre en el ámbito ético.

Dado lo anterior, es menester precisar varios puntos. En primer lugar, el salvajismo no se compone de acciones aisladas e inconexas entre sí. La simplicidad guarda parecidos con el caminar y ambos se insertan en el marco de la desobediencia, mientras que sus composiciones dan lugar a un *corpus* latente en la naturaleza. En consecuencia, hablar de uno de estos aspectos sin tener en cuenta los consiguientes, implica distender la secuencia relacional que se funda en la ética. Si bien no pueden entenderse bajo el supuesto de una jerarquía o en virtud de una receta, resulta difícil imaginar una vida simple que no se sirva del caminar y la reflexión, o de una actitud contestataria que no escatime gasto en la consecución de un objeto arbitrario.

En segundo lugar, Thoreau atribuye dignidad a la naturaleza y a sus múltiples expresiones. Ya sea un paisaje, un animal o el sendero trazado por los caminantes del bosque,

se haya dispuesto a escuchar y comprender lo que tengan por decirle, no colocándose por encima de ellos, sino integrándose entre las faenas y labores de su suficiencia:

El hombre no se puede permitir ser un naturalista, mirar a la naturaleza directamente, sino solo desde el rabillo del ojo. Tiene que mirar a su a través, más allá de ella. Mirarla directamente es fatal, como lo es mirar la cabeza de medusa. Convierte en piedra al hombre de ciencia (Thoreau, 2013, p. 259).

Thoreau buscaba en la naturaleza los senderos que enunciaba el indio en sus canciones y costumbres. Encontraba el salvajismo en la manzana silvestre que tanto adoraba, en los viajes atravesados que comprometían el ferrocarril y la ciudad, y se enternecía al descubrir vocablos indios donde el hombre blanco se limitaba a colocar nombres científicos (Burroughs, 2018). Es quizás uno de los motivos por los que un autor de su talante se vislumbra extraño a los ojos contemporáneos, generando cierta incomodidad o la seria advertencia de hacer lo contrario a lo que un hombre de su experiencia le hizo valorar.

En su búsqueda por una vida ostentosa de armonía y afecto animal, descubre que una de las variadas formas que puede adoptar una vida sin principios es la de prescindir de las enseñanzas de la naturaleza. No es fortuito que Thoreau (2017b) hable de lecciones de honestidad y sinceridad en los animales, y de solidez y estabilidad en las rocas, en contraposición a la superficialidad que se haya en las costumbres de los hombres.

Los rasgos salvajes dan cuenta de la pesquisa incesante de lo salvaje. Considero pues, que este propósito se enuncia con mayor fuerza en el caminar y en la afirmación india de llevar una vida sencilla, carente de cosas, pero abundante en sentido. El cuidado que muestra Thoreau al acercarse a los fenómenos naturales refleja su interés por el detalle y su disposición por explorar aspectos que la sociedad civilizada tiende a ignorar:

El hombre solo ve lo que le interesa. {...} Mi experiencia me indica que hace falta una intención diferente al observar, en el mismo sitio, para ver plantas, incluso cuando están tan estrechamente relacionadas como las juncáceas y las gramíneas (Thoreau, 2002, p. 72).

El mismo objeto puede aparecer de forma dispar a la vista del poeta y el naturalista, porque el interés que convoca su estudio estructura la experiencia en el campo del saber. La percepción modesta e inocente del niño es la del trascendentalista que ampara lo sublime de

la naturaleza en la belleza que se manifiesta plenamente. Lo verdadero es lo bello, porque lo develado por el mundo no puede pasar inadvertido por el ocioso que contempla. El carácter desprendido y condicionado a conservar la capacidad de asombro es una forma de poetizar el mundo en la experiencia, relacionando la elementalidad del cuerpo con la valoración espiritual.

Así mismo, puede rescatarse que en Thoreau su relacionamiento con la naturaleza es un acto contestatario al distanciarse de los desarrollos industriales que asediaban a Estados Unidos a mediados del siglo XIX, más concretamente del ferrocarril y su llegada a Concord en 1844. Es aquí cuando puede apreciarse la noción de hogar que se forma al caminar y con los diferentes salvajismos que se han expuesto en este trabajo, ya que el secreto de un deambular logrado es sentirse en casa en todos los lugares por igual (Thoreau, 2023a).

La sana convivencia con el cuerpo y la naturaleza solo puede darse de forma desnuda al aire libre. Casi que puede afirmarse, guardando las proporciones, que la filosofía thoreuriana es la preparación para una vida salvaje definida en los marcos de la simplicidad, la observación y la desobediencia, priorizando la reflexión y la tranquilidad, por encima de la apariencia y el trajín.

En *Colores de Otoño*, publicado en 1862, poco después de la muerte de Thoreau, puede notarse la estima bajo la cual se disfruta una vida contemplativa y atenta:

Quando caen las hojas, toda la tierra se convierte en un agradable cementerio al que entrar. Me encanta pasear y cavilar sobre sus sepulturas {...} Aquí no hace falta asistir a la subasta para asegurarse un sitio. Hay suficiente lugar. Las primulas florecerán y el pájaro de los arándanos cantará sobre vuestros huesos. El leñador y el cazador serán vuestros sacristanes, y los niños pisarán los canteros tanto como quieran. Entremos en el cementerio de las hojas... el auténtico cementerio de la floresta” (2002, p. 45).

La claridad mental que supone entregarse a las alegorías del bosque y sus allegados, enmarca en esta filosofía vivencial la búsqueda de una verdad idílica sujeta al compromiso con el yo y la naturaleza. Se procura una atención crítica que sensibilice al hombre de los caminos que ha recorrido y de las demandas adyacentes que atraviesan su deseo. Por lo cual, la contemplación es parte fundamental del reconocimiento del cuerpo en las mediaciones de

un proceso encaminado a la práctica de la filosofía y supone hacer uso de aquel detenimiento para interrogar la validez de las opciones.

El respeto con que Thoreau cultiva sus reflexiones sobre el orden natural y contribuye a una ética del cuidado sostenido a los animales, árboles y ecosistemas, supone un cuestionamiento al rumbo de la civilización y su constante monopolización. Caminar le permite acercarse a sí mismo en su soledad para conversar sobre el modo en que se espacian los bosques dejando las zonas verdes en un proceso de descomposición y olvido, lo que evidencia una problemática social entorno al cuidado del *yo* y la naturaleza.

Es posible que la llegada del ferrocarril haya distanciado, aún más, al hombre del mantenimiento que le daba a su cuerpo, pues la necesidad que tenía antes de desplazarse por sus propios medios y de rescatar lo natural en dicha relación, tiende a un plano secundario por la eficiencia del transporte público. No obstante, el conformismo que establece la modernidad con la sofisticación de las máquinas y su uso en la vida diaria, predispone lo humano a la debilidad y la pereza, convirtiendo rápidamente un desarrollo innovador en una dificultad social que se invisibiliza por completo.

A pesar de la buena acogida que tuvo este invento junto a otros que le acompañaron de forma póstuma, Thoreau no se dejó ensimismar por el falso brillo como una urraca nodriza, sino que contempló cómo estos aparatejos, en principio destacados, harían del hombre un sujeto cada vez más inscrito en la cultura, perdiendo de vista su animalidad más pura. La independencia libertina que ofrecían los bosques fue reemplazada por los viajes cronometrados del sistema industrial, siendo la vida al aire libre, donde se curte el cuerpo y el carácter, una forma dispuesta al desperdicio y la vagancia. Así, el hombre termina por convertirse en sensible y fino producto de la cultura, formando parte de un efectismo que prioriza la labor y el consumo (Thoreau, 2023a).

Este germen sigue presente en la sociedad actual y, en consecuencia, continúa gestándose la misma resistencia a un *modus vivendi* que se practique en la austeridad, mal llamada pobreza, y en la contemplación, entendida como holganza. No es fortuito que los amigos de Thoreau le pregunten qué hará cuando viva junto al estanque, a lo que responde: “¿no será empleo suficiente el ver el paso de las estaciones?” (2013, p. 62).

Si la modernidad introduce nuevos modelos para acelerar la vida en su experiencia más esencial, esta es la cotidiana, entonces la concepción del ritmo y su distinta aplicabilidad, instaaura relaciones inéditas que prioricen el afecto antes que el lazo con estímulos que se pretenden terminados. De este modo, la contemplación juega un importante papel en el detenimiento que ofrece y en las variadas formas en que el hombre puede relacionarse con su entorno, en objeción al uso del tiempo que esgrime el ideal capitalista.

La adecuación de los recursos existenciales a los llamados de una ética salvaje, salvaguardada por el pensamiento y su practicidad, configuran una filosofía que pueda estudiarse en el cultivo del cuerpo, de su fortalecimiento y de su relación con el acto vivencial que supone trabajar para buscar una mayor consciencia del actual momento. Al respecto, es importante recordar a Thoreau:

No temo exagerar el valor y el significado de la vida, sino más bien no estar a la altura de la ocasión que la vida representa. Sentiría tener que recordar que yo estuve allí, pero que no advertí nada reseñable (2012, p. 35).

Es posible que ese “estar a la altura” haga referencia al movimiento y a la contemplación que suele acompañarle. Las caminatas de Thoreau, en compañía de su amigo Ellery Channing, corroboran en más de una ocasión la importancia de estar presente no solo en cuerpo, esto es como disposición material, sino también en consciencia, como disposición anímica y reflexiva sobre los estímulos que constituyen la experiencia. Es de esta forma que Thoreau legitima su ética en los principios de una filosofía que se piense armónica y orientada a participar de la naturaleza, priorizando su lugar en la relación con el mundo y depurándolo de modo regular para hacerse digno de su propia vida.

Parte del interés que promueve la escritura de este trabajo es mostrar que la vida de Thoreau y su modelo epistemológico permiten hablar de una ética autosustentable, es decir, que tiene lugar gracias al mismo actuar del sujeto y que no preexiste a él como una tabula rasa que le ordena y homogeniza en la cultura. Este propósito es ilustrado buenamente por el autor cuando inscribe sus acciones en el marco de una ética que le haga estar sujeto a unos principios vivenciales, mismos que ocupa en cada una de sus reflexiones y que pone en diálogo con las observaciones sobre la naturaleza que señala en sus obras.

En conclusión, pensar en una adecuación de los medios existenciales y en los vínculos que pueden dibujarse con la naturaleza y el cuerpo, ayudan a sensibilizar al sujeto del lugar que ocupa en la directriz general de la sociedad, ya que en su calidad multifacética, ser hijo, amigo, amante, trabajador, existente en última instancia, supone ya una carga discursiva y anímica en la cual puede hacerse producto del ideal y en el proceso, hacerse un sujeto sin principios. Sobre esta problemática y las derivadas del trabajo, el consumo y el culto a la pereza que tiende al auge desde inicios de siglo, Thoreau promueve un estilo de vida que resulte digno y propio en el sentido salvaje, puramente indio, de una ética razonable y puesta en práctica con el orgullo de quien goza su vida.

#### 4. Rasgos salvajes: desobediencia

Siguiendo las enseñanzas de Thoreau, la filosofía permite establecer un diálogo con el hombre y su adecuación a la cultura, enfatizando el valor de una vida ética que convida las suficientes herramientas para el tratamiento de asuntos cotidianos, tales como: el trabajo, la amistad, la soledad, la posesión y la contemplación. En últimas, la línea divisoria que traza Thoreau con sus contemporáneos es la reciprocidad entre su epistemología y su practicidad cotidiana, postura ética que se enuncia a través del ejemplo. Sobre este tema versará el análisis y estudio del autor en este capítulo, interés que se haya fuertemente vinculado a su noción de desobediencia pacífica.

Thoreau es incisivo en sostener que el ejemplo es la practicidad del mejor modo de vida posible. La ética es una perspectiva autocrítica que enuncia sus contenidos mediante la acción y que yace como consecuencia del modelo epistemológico que procura dar cuenta de los límites del conocimiento y de lo digno de ser cognoscible, fundando la necesaria correspondencia entre el análisis riguroso sobre la naturaleza humana y su enunciación palpable en el mundo material. En este sentido, el ejemplo es el punto en el que converge la filosofía y su práctica social, es decir, el entorno político, cuya visibilidad pública garantiza un espacio común para el pensamiento y su divulgación.

Teniendo en cuenta lo anterior, el modelo thoreuriano es disruptivo en el contexto de la tradición y en su forma de hacer filosofía, negando la validez de la teoría en su pura materia conceptual y académica, para insertar la reflexión en el plano de la ética. Al respecto, dice Thoreau: “Si busca persuadir a alguien de que hace mal, actúe bien. Que no le importe si no lo convence. Los hombres creen en lo que ven. Consigamos que vean” (Thoreau, 2012, p. 19).

Con esto se comprende que la mejor defensa que puede esgrimirse a favor de la filosofía es corresponderla con una ética que se piense con principios, no con una argumentación rigurosa o con un efecto del discurso que prime sobre la *praxis*. Esta cualidad hace de la filosofía un estilo de vida que resulte fiable ante las inquietudes que asedian lo cotidiano, mostrándose capaz de solucionar problemas específicos y de hacerse significativa

en su advenimiento cultural. Michel Onfray comparte un estudio más logrado sobre el entendimiento de la filosofía conceptual que cuestiona Thoreau:

La filosofía europea, toda entera bajo el yugo platónico y realzada por el cristianismo, ha celebrado el Logos, la Razón, el Concepto, la Idea y otras variaciones del tema ontoteológico. Para ella, lo real era menos importante que las palabras que lo decían. La vida, menos significativa que los libros que la contaban. Al no pensar el mundo más que a partir de grimorios y de archivos que hablaban del mundo, el Occidente cristiano —Europa— ha reducido la vida, lo real, el mundo a una miserable pilita de polvo, como el que encontramos en los altillos abandonados o en la biblioteca de un ancestro muerto desde hace mucho tiempo (2019, p. 12).

La filosofía thoreuriana se preocupa por recuperar la subjetividad integral de cada sujeto y por motivar la consolidación de una vida saludable entorno a los dictámenes del cuidado espiritual y corporal. Si bien estos propósitos no son denegados explícitamente por la filosofía como estatuto académico, hay un interés más pragmático de fondo, que consiste en que el filósofo no puede limitarse a ver el mundo a través del velo de la letra, sino que debe estar facultado para enunciar en su propia vida lo aprendido en su arte.

Este compromiso, en apariencia individual, se enuncia en la consecución de una vida que resulte digna y amena de cara a las exigencias culturales que asedian la modernidad, siendo el ejemplo el modo principal en que el sujeto puede alcanzar su realización junto a su divulgación pública. Por ende, la responsabilidad ética tiene un sentido social que recupera el evento político como entramado recursivo del desarrollo individual, un ejemplo de ello es el propio Thoreau, quien sirviéndose de sus principios gozó de una vida independiente y afable, y al día presente continúa encarnando una gran motivación para aquellos que pretenden alcanzar una vida noble.

De este modo, la desobediencia entendida como el uso práctico de la razón, lejana de las convenciones que la mayoría halla reseñables, esclarece cómo la confianza en uno mismo tiende a distar de la confianza que se profesa a la masa. Por ejemplo, ¿por qué un trabajo estable es digno en detrimento de una vida activa? Ocupar un cargo para desarrollar las mismas funciones hasta la vejez, permite interrogar si acaso la estabilidad no es sinónimo

de estancamiento: ser un cuerpo pasivo que se limita a ser receptor del pasar del tiempo. Al respecto, dice Thoreau:

Conozco a muchos a los que es difícil engañar cuando se trata de asuntos comunes, muy desconfiados de los cantos de sirena, que disponen responsablemente de su dinero y saben cómo gastarlo, que disfrutan fama de prudentes y cautelosos, y que, no obstante, aceptan vivir gran parte de su existencia tras un mostrador, como cajeros de un banco, y brillan y se oxidan y finalmente desaparecen (2012, p. 17).

Es responsabilidad de la filosofía acercarse a fenómenos de esta naturaleza y brindar oportunas asesorías sobre el devenir de una preocupación que parece no opacarse tras tantos años de mantenimiento. Es una realidad el que los hombres se sientan inquietos por no saber a qué dedicarse el resto de sus vidas, a lo que el capitalismo les ofrece laboriosas tareas representando su pago con una migaja de pan para que vivan obedientemente como sus hermanos y para que cuiden su cuerpo, porque un cuerpo sano tolera más el trabajo.

Es en este sentido que una vida ética es sumamente cautelosa con las demandas de la cultura, lo que supone cuestionar qué implica suplir las necesidades básicas adhiriéndose a un movimiento político y social, y cuáles son las consecuencias de buscar otras alternativas. Ser filósofo pues, no consiste en tener pensamientos filosóficos o en fundar un movimiento intelectual, es atender al juicio para que mediante su cultivo pueda llevarse una vida simple, independiente, generosa y confiada con aquellas motivaciones que han conducido a la solución teórica y práctica de los problemas vivenciales (Thoreau, 2018). Esta forma de vivir es ya una desobediencia puesta al servicio de la ética:

La pobreza voluntaria en un mundo donde la riqueza hace la ley, la escasez contra la abundancia, la sobriedad contra el gasto, la sencillez contra la sofisticación, el ascetismo contra la riqueza, lo intempestivo contra la moda, la utilidad contra la superficialidad, el despojo contra la opulencia, lo necesario contra lo superfluo, la autosuficiencia contra el comercio, la independencia contra la dependencia, la frugalidad contra la profusión, el ocio contra el trabajo, he aquí un verdadero proyecto político... (Onfray, 2019, p. 80).

La imagen de un hombre entre hombres que escoge la vida del Oeste y de los campos vírgenes poco explorados por el blanco civilizado, convence al lector de cuán importante es una vida salvaje y rural, por definición desobediente, frente a la ruidosa maquinaria que no

cesa de aceitarse y moverse. Parece ser que el día en que las máquinas fueron capaces de desarrollar funciones sencillas como levantar una roca o mover el agua, el hombre empezó a olvidar cómo lo hacía por su propia cuenta, reconociéndose incapaz de pensarse en el mundo salvo como un instrumento, al nivel de la palanca o la cuña.

La idea de que el hombre ha olvidado cómo llevar a cabo tareas simples por sí mismo, sugiere también una pérdida de autonomía y capacidad que se extrapolan al campo espiritual, puesto que su oficio dentro del sistema industrial se reduce a la producción eficiente de la mercancía. Frente a esta problemática, es imperativo cuestionar cuál es el papel de espacios no civilizados en el contexto de una omnipresencia tecnológica que desconecta lo humano de su entorno y sentido, y de qué naturaleza es un estilo de vida que formaliza el valor del progreso material y la eficiencia, a expensas de valores intangibles como la contemplación, la conexión con la naturaleza y la autocrítica.

El proyecto social que emprende el filósofo puede figurarse en la frase de Nietzsche que a su vez hace la de epígrafe en *Thoreau, el salvaje*: “Estimo a un filósofo en tanto sea capaz de dar un ejemplo” (2019, p. 7). Es difícil no imaginar a Thoreau sentado en la hierba, gozando del umbral soleado que califica el día de mañana y atardecer, ensoñando en compañía del pino y el nogal, y celebrando a media noche la asistencia de los chotacabras, las lechuzas y el búho. Sobre este asunto, dirá lo siguiente:

Esto era flagrante ociosidad para mis conciudadanos, sin duda, pero si los pájaros y las flores me hubieran examinado según sus pautas, no habrían hallado falta en mí. Es cierto que un hombre debe encontrar sus ocasiones en sí mismo. El día natural es muy tranquilo y no reprobará su indolencia (2018, p. 158).

Definirse en los marcos de una filosofía vivencial, tal y como se ha propuesto en esta monografía, implica tener un carácter fuerte que pueda responder afirmativamente a la mirada de rechazo del sistema social. La confianza en uno mismo y los quehaceres que se estiman auténticos y necesarios, están atravesados por la estructura ideal de un hombre político, pues la medida del ejemplo comprende también la dimensión del otro, aquel que puede llevar una vida similar en los términos de la autocrítica y la acción.

El rechazo sostenido de la filosofía vivencial por parte del capitalismo y el universo máquina, no es sorprendente para el que ha instalado su *praxis* por encima de la discusión metafísica. La academia se enorgullece de tener docentes versados en diferentes áreas del conocimiento, sin preguntarse, si acaso el pensamiento que los hace acreedores de respeto y fiabilidad apuntan a algo más digno que a la mera presunción. Parece que el valor agregado de los docentes cuya función es nutrir el hambre de conocimiento y curiosidad, se reduce a hablar mejor y si es así, los argumentos y su forma adquieren más importancia que su entendimiento y practicidad.

Es natural que autores como Thoreau, Whitman, Channing y Burroughs, seguidos de un largo etcétera, no sean incluidos en la hoja de ruta de un programa escolar y, menos aún, en uno de pregrado. Se tiene tan poco respeto por la propia vida que nadie parece preguntarse cómo vivir mejor, pero hallan dignidad en la oratoria del académico que los vislumbra con sus conceptos, mismos que ni él logra comprender:

La corporación filosofante no sabría apreciar al hombre que un día escribió que teníamos un montón de profesores de filosofía pero ningún filósofo. Quienes piensan que enseñar el pensamiento de los demás es pensar por sí mismos, y que parafrasear los libros de otros desde lo alto de su silla los exime de llevar una vida con principios, no podían admitir a Thoreau en la lista de los autores de su programa (Onfray, 2019, p. 32).

La desobediencia de un hombre salvaje como Thoreau, muestra a través del ejemplo cuán necesario es un juicio instruido para la consecución de una vida plena. Hacer filosofía tiene sentido en su capacidad por mejorar las condiciones vitales al ponerla en práctica y aceptar la contingencia en su advenimiento y complejidad, permite pensar el *ser* en su dimensión de cercanía con la pertenencia, es decir, con el *estar*.

Cuando Thoreau se adentra en los bosques y escribe en su diario sobre la belleza de los fenómenos naturales, exhibe una conducta contestataria al negarse ocupar el lugar que sus conciudadanos ocupan gustosos. Cuestiona ser homogeneizado por un orden que ordena la posesión del inmueble, la escultura, el escritorio, el gasto, la fachada y en cambio eleva la calidad de su propósito para hacerse merecedor de su propia vida. Por esta razón, escribe en su diario: “No quiero sentir ya mi vida como si fuera una estadía. La filosofía que así la pinta es falsa. Ya es hora de empezar a vivir” (2013, p. 63).

Si al filósofo le preguntan cuál es la utilidad de su oficio, debe ser capaz de mostrar la simplicidad con que vive. Respondería, no sin antes esgrimir una sonrisa, “vivir mejor”. A propósito, los editores de *Cartas a un buscador de sí mismo* ofrecen una noción muy bella y consecuente del hacer filosofía:

No lo olvidemos: el sentido pleno y original de la filosofía no se limita al ejercicio del pensamiento, sino de la voluntad y del ser al completo. La filosofía es un método de progreso espiritual que aspira a provocar una transformación radical del sujeto. No se trata tanto de conocer esto o aquello como de cambiarse a uno mismo, ser mejor, ser más feliz (Thoreau, 2012, p. 8).

En sintonía con las ideas de Thoreau, se puede extraer como consecuencia que la filosofía no debe tener aspiraciones elitistas ni definirse en la falta de acceso al público mayoritario, al contrario, debe gozar de espontaneidad y claridad en sus afirmaciones, así como el hombre fiel brinda consuelo a un amigo querido. Los diarios de Thoreau, en compañía de sus correspondencias y poemas, son ejemplo de cómo la cercanía advierte más progreso que un tratado filosófico: “Un libro debe ser lo suficientemente verdadero como para que resulte íntimo y familiar a todos los hombres” (Thoreau, 2013, p. 61).

La perspectiva familiar del diario acuña una serie de virtudes que enriquecen el pensamiento y su divulgación, ofreciendo una experiencia reflexiva en tiempo real, sin filtros ni artificialidad. Así mismo, la inmediatez con la naturaleza facilita la exploración profunda de las impresiones materiales para un desarrollo orgánico y flexible con los nuevos matices que ofrece el momento. La reflexión filosófica, en tanto efecto de esta observación juiciosa, se consagra al fenómeno intencional capturado por la consciencia que, a su vez, hace la de valioso registro histórico; una ventana creativa a las aventuras de la propia carne, a sus preocupaciones, disposiciones y reclamos a la época.

La escritura thoreuriana se convierte en una forma de habitar el cuerpo y de marcar distancia con respecto a las imposiciones de la ley que valida la civilización en los términos de la maquinaria y la contaminación, motivo por el cual, los diarios de Thoreau son un epítome de descripciones naturales: animales, plantas, cielos, lunas y las confesiones de amor que este les dedica en sus versos. El 03 de enero de 1853, escribe:

La naturaleza me encanta, en parte, porque no es el hombre, sino un refugio frente al hombre. Ninguna de sus instituciones puede controlarla o impregnarla. En ella, es otro el derecho que prevalece. Cuando me rodea, me llena una felicidad completa {...} El hombre me hace desear otro mundo. Ella hace que este me satisfaga (2013, p. 244).

Las virtudes de la obra thoreauriana residen en su contenido, como modelo práctico en la dilucidación de nuevos asuntos, y en su forma de enunciarlos, como disrupción del sistema filosófico, tomando como prioridad la exploración personal y su participación al orbe natural. Thoreau cuestiona la rigidez académica y la formalidad en defensa de un estilo libre y auténtico con las necesidades de su intimidad, haciendo de la desobediencia una crítica social pacifista y filosófica que se muestra provocativa y fiel a su ética. Al respecto, hay quizás una discusión en torno a la justicia: “Los hombres están continuamente *sentenciándose* los unos a los otros, pero seamos jueces o criminales, las sentencias carecen de efectos a menos que nos condenemos a nosotros mismos” (Thoreau, 2012, p. 88).

Es imperativo preguntarse por la naturaleza de la escritura y por los regimientos que la articulan en su sentido. Si escribir es una forma de desnudarse ante el mundo y de permitirse ser observado, entonces ¿qué se hace manifiesto en la sentencia pública? La conversación íntima con la naturaleza o con la pequeña comunidad que se hace en el sí mismo, se matiza particularmente en su exposición pública y adquiere un sentido de responsabilidad con el entramado civil que logra su acceso.

La escritura en su sustrato ético inscribe la integridad del *yo* en las convicciones genuinas de la propia autenticidad, abogando por la fidelidad hacia sí mismo, en descrédito de la voz conforme al éxito convencional. Thoreau salvaguarda su compromiso ético/político al optar por un estilo de escritura que se sincere con la pasión de las convicciones, con la verdad como estándar moral dentro de la expresión literaria y con el sustento de la coherencia mediante la practicidad.

La escritura, pues, no hace solo las de medio de comunicación, sino también de vehículo para la expresión del compendio vivencial que se lleva a cabo. En otras palabras, es una forma de predicar la acción que está siendo encarnada, el advenir de la crítica personal. Diciente de ello es el romanticismo con que Michael Onfray piensa al salvaje en cuestión:

Thoreau encarna un romanticismo que no es el de la selva negra alemana ni aquel de las horcas jacobinas francesas, sino el de la sabiduría india. Sus bosques no están podados por el concepto o esquilados por la idea; su soledad no es lastimera y quejosa, él no propone reír ni llorar, mira y ve lo que pocos blancos ven, pero lo que todos los indios perciben (2019, p. 40).

La relación entre ética y política en la filosofía de Thoreau, se hace manifiesta en la desobediencia civil como expresión fundamental de la consciencia moral frente a leyes e instituciones opresivas. La acción política se convierte en un acto ético que busca afirmar la justicia y la libertad mediante la negación de valores pre fabricados como el dinero, el lujo y la apariencia, subrayando la responsabilidad moral y promoviendo modelos específicos que sirvan de ejemplo, tal como las costumbres indias.

Thoreau hace especial énfasis en la necesidad de llevar una vida reflexiva y resistente de cara a los mandatos de la cultura, aunque el gobierno establezca legítimas ciertas actuaciones, como la esclavitud o la guerra. Desde esta perspectiva, la política, bien entendida y practicada, no se limita a conservar las leyes y a perpetuarlas a través de su ciega aceptación, sino por medio de su coherencia con el bien común y con el respeto de otras libertades: “La acción que se deriva de los principios, la percepción y la práctica de lo correcto, cambia las cosas y las relaciones; ello es esencialmente revolucionario” (2023b, p. 22).

En este sentido, la coherencia moral debe estar legislada por un criterio ilustrado y autosuficiente, capaz de discernir entre la falsa apariencia de la participación ciudadana y la acción justa guiada por la consciencia ética, porque colaborar con un gobierno cuyas leyes resultan deshonrosas, no solo hacen del hombre un ser ignorante y permisivo, sino también obediente de mala forma. Es por ello que Thoreau piensa el gobierno alejado de la naturaleza:

Me da la impresión de que estos prosificadores, con sus leyes y sus serruchos, no conocen el grado de felicidad al que puede llegar un hombre {...} No hay ley lo suficientemente fuerte como para que un poco de alegría no la rompa. Tengo un cuarto solo para mí mismo: la naturaleza. Es un lugar que se encuentra fuera de la jurisdicción de los gobiernos humanos (2013, p. 244).

En cuanto a adoptar los medios de una autolegislación, *Walden* y *Sobre la desobediencia civil*, suministran un minucioso contenido para llevar una vida sectorizada en la economía simple de un buen vivir y de un credo libertario cuyo lema es “el mejor gobierno resulta ser el que menos gobierne”, respectivamente. Este credo se enuncia en la versatilidad literaria de Thoreau y en el uso de sus habilidades como escritor para ofrecer múltiples perspectivas del oficio vivencial, por ejemplo, *Walden* despliega un estilo descriptivo y observacional que le permite acercarse a la flora y fauna local más limpiamente, lo que deja en evidencia su facultad de sensibilización y su capacidad por expresarlo en términos filosófico/literarios. No obstante, *Sobre la desobediencia civil* adopta un tono ensayístico claro y directo que combina la reflexión filosófica con la observación práctica de sus conciudadanos y gobierno, herramientas que le resultan útiles ante la exigencia del ser escuchado, motivo por el cual es una obra terminada y publicada.

En suma, la desobediencia como fundamento de la filosofía vivencial permite evaluar la academia, la contemplación, la escritura y la orientación de una vida simple, en su inscripción al medio político. Cómo una vida cultivada que se nutre por los principios del autocuidado y la naturaleza, que en últimas es una extensión del propio cuerpo, termina por ofrecer una vía ética a las problemáticas del consumo y a la acumulación de riqueza, que indirectamente, financian la contaminación, la desigualdad, la guerra y la mezquindad.

Para dar cierre a este capítulo, considero pertinente rescatar el carácter inherente del pueblo capitalista. ¿Qué clase de gobierno se haría digno de las aspiraciones del hombre concienzudo y cuántas leyes resultarían sobrantes si cada uno se legislara por la voluntad del sentido común! Cuántas personas caminarían por los bosques, coleccionarían recuerdos y enrojecerían por la compañía de un cantante plumado sin privarlo de su libertad. Cuántas dolencias del cuerpo y del ánimo serían reservadas al sumario de lo posible, si caminar fuera la ley y no el pasatiempo.

## Conclusiones

A lo largo de esta monografía se han abordado diversas cuestiones cuyo origen deriva del establecimiento del capitalismo y su monopolización masiva desde la modernidad. Se ha partido de la hipótesis de que Henry David Thoreau en consonancia con sus prácticas morales y su reflexión profunda acerca de las dificultades que asedian al hombre al cobijo del sistema industrial, convida un conjunto de soluciones prácticas que reivindican su valor como individuo y sujeto político, permitiendo establecer un estudio filosófico del entramado industrial junto a sus insondables consecuencias. Con esto en mente, se ha mostrado la viabilidad de la filosofía thoreuriana al darle tratamiento a cuestiones cotidianas como: el trabajo, las relaciones, el pensamiento, la comodidad, el caminar y su vínculo con la naturaleza, lo que supone una correspondencia entre el acto de filosofar y su facultad práctica.

El modelo explicativo del que se ha hecho uso ha permitido estudiar las críticas planteadas por el autor y cómo su sistema epistemológico convida una ética de la acción que se muestre suficiente ante las demandas de la cultura, siendo el ejemplo y su construcción en el ámbito social, el que ha gozado de gran protagonismo en este abordaje, dada su capacidad de conectar el carácter cientificista junto al cultivo de una ética/política que resulte consistente en sus limitaciones y advenimiento.

La perspectiva vivencial de Thoreau frente a su disposición material y social, ha supuesto un prototipo de estudio que versa no solo en una biografía que pretende introducir al lector a su obra, sino también a las múltiples conexiones que logró consolidar en la esfera pública y sobre todo en la naturaleza. La relevancia de su compromiso político alcanza su auge en la práctica cotidiana de su propio filosofar, de ahí que la simplicidad configure un patrón secular en la búsqueda de la verdad subjetiva y de su máxima realización. Estos factores relacionales se enuncian continuamente en los restantes rasgos salvajes, donde la consciencia en su carácter contemplativo se sirve del hombre en su faceta primitiva para convidar la sabiduría moral.

En consecuencia, la filosofía desde la moción thoreuriana muestra un amplio compromiso con las problemáticas estadounidenses y con aquellas que han evolucionado con la tecnología, la monopolización y la explotación de la mano de obra. Se ha evidenciado

cómo el sistema capitalista emerge con fuerza en una sociedad que apremia la apariencia y la riqueza en detrimento de principios morales enmarcados en la autocrítica, lo que genera nuevos conflictos en lo relacionado al mantenimiento del cuerpo y de lo espiritual. Así mismo, el análisis del credo capitalista llevado a cabo por Thoreau y Emerson consolida la cercanía en términos pragmáticos del siglo XIX y la sociedad actual, donde lejos de convidarse respuestas a preguntas de orden existencial, se acentúan por el exceso de información y su divulgación masiva, la publicidad, misma que ofrece alternativas como una falsa felicidad mediante el consumo y el materialismo.

Antagónica, la concepción thoreuriana de naturaleza y espacio ofrece un acercamiento estructural a través del cual una ética salvaje tenga sentido y sea articulable desde la cotidianidad. Se elucidan prácticas concretas que son producto de un riguroso estudio de las condiciones humanas y su multiplicidad en la esfera pública; de cómo son ventajosas en oposición al espíritu gregario, de por qué son necesarias en el afianzamiento de una vida cultivada y reflexiva, y en qué espacios puede afirmarse con mayor confianza.

También se ha señalado que la filosofía en tanto línea de conocimiento debe estar facultada para dar cuenta de problemas específicos. Por un lado, encarna el papel de guía mediante la ilustración que conlleva el intelecto y su aplicabilidad diaria, responsabilidad esencial en el marco ético, pero también se exhibe responsable de aquellas prácticas que trascienden la condición en su pura individualidad, véase la contaminación, la explotación laboral, el exceso de mercancía, la cacería desmedida de animales, etc. Esto supone un entendimiento del filosofar que dista de su forma neta conceptual y académica, para hacer eficiente su compromiso como bien social.

En síntesis, la continuidad de problemas que surgen tras la finalización de la revolución industrial empieza a formalizar una alienación de primer grado en la que el individuo se desconecta de su corporalidad y sentido existencial, tendiendo al universal materialista y presuntuoso de definirse por la supuesta falta de *ser* de otros, confusión que tiene lugar en la modernidad tras la incapacidad de distinguir el *ser* del tener.

Una de las mayores motivaciones que me convocaron a la escritura de esta monografía, es la belleza intrínseca en el modelo filosófico que se pretende dispuesto a la

escucha y el consejo. Thoreau es una suerte de amigo que habla con claridad y respeto sobre asuntos que nos atañe como cultura humana, demostrando que es posible llevar una vida anclada a la simplicidad y su convergencia con una postura racional, aunque contestataria, del acto de existir.

Finalmente, la imagen de un hombre como Thoreau deja en evidencia la necesidad de cultivar el intelecto y de seguir las propias convicciones pese al rechazo que de ellas se puedan derivar, es así como la filosofía adopta la vestidura de la carne y se hace digna de ser humanizada, puesto que la calidad de una vida se mide en función de cuán deseable es.

## Referencias

- Burroughs, J. (2018). *El arte de ver las cosas*. Errata Naturae Editores.
- Descartes, R. (1994). *Discurso del método/Tratado de las pasiones*. RBA Editores.
- Emerson, R. (1999). *Ensayos*. Porrúa.
- Emerson, R. (2000). *Naturaleza*. Grupo Editorial Norma.
- Emerson, R. (2014). *Ensayos*. Ediciones Cátedra.
- Le Breton, D. (2023). *Elogio del caminar*. Siruela.
- Marx, K. (1946). *El Capital vol. II*. Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (2013). *Manuscritos de economía y filosofía*. Alianza Editorial.
- Montaigne, M. (2010). *Ensayos escogidos*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Orwell, G. (2013). *Rebelión en la granja*. Debolsillo.
- Onfray, M. (2019). *Thoreau, el salvaje*. Ediciones Godot.
- Thoreau, H. (2002). *Colores de Otoño*. Torre de Viento.
- Thoreau, H. (2012). *Cartas a un buscador de sí mismo*. Errata Naturae Editores.
- Thoreau, H. (2013). *El Diario*. Capitán Swing.
- Thoreau, H. (2017a). *El Diario*. Capitán Swing.
- Thoreau, H. (2017b). *Una vida sin principios*. Ediciones Godot.
- Thoreau, H. (2017c). *Todo lo bueno es libre y salvaje*. Errata Naturae Editores.
- Thoreau, H. (2018). *Walden*. Ediciones Cátedra.
- Thoreau, H. (2023a). *Caminar*. Alma.
- Thoreau, H. (2023b). *Sobre la desobediencia civil*. Editorial Universidad de Antioquia.